
Theses and Dissertations

Spring 2015

El mundo es mentira

Patricia Gonzalo de Jesús
University of Iowa

Copyright 2015 Patricia Gonzalo de Jesús

This thesis is available at Iowa Research Online: <http://ir.uiowa.edu/etd/1611>

Recommended Citation

Gonzalo de Jesús, Patricia. "El mundo es mentira." MFA (Master of Fine Arts) thesis, University of Iowa, 2015.
<http://ir.uiowa.edu/etd/1611>.

Follow this and additional works at: <http://ir.uiowa.edu/etd>



Part of the [Spanish and Portuguese Language and Literature Commons](#)

EL MUNDO ES MENTIRA

by

Patricia Gonzalo de Jesús

A thesis submitted in partial fulfillment
of the requirements for the Master of
Fine Arts degree in Spanish Creative
Writing in the Graduate College of
The University of Iowa

May 2015

Thesis Supervisors: Associate Professor Luis Martín-Estudillo
Visiting Associate Professor Fritz Glockner

Copyright by
PATRICIA GONZALO DE JESÚS
2015
All Rights Reserved

Graduate College
The University of Iowa
Iowa City, Iowa

CERTIFICATE OF APPROVAL

MASTER'S THESIS

This is to certify that the Master's thesis of

Patricia Gonzalo de Jesús

has been approved by the Examining Committee for the
thesis requirement for the Master of Fine Arts degree in
Spanish Creative Writing at the May 2015 graduation.

Thesis Committee:

Luis Martín-Estudillo, Thesis Supervisor

Fritz Glockner Corte, Thesis Supervisor

Denise K. Filios

Luis Muñoz

Mientan siempre.

Juan Carlos Onetti
Decálogo más uno,
para escritores principiantes.

PUBLIC ABSTRACT

Can words create worlds? My fiction thesis, *El mundo es mentira (The World Is a Lie)*, explores different voices and points of view to examine the ways in which they not only tell stories, but also generate spaces, atmospheres and, ultimately, worlds of their own. Moreover, the book aims to be a meeting ground where these voices dialogue with the voices of the literary tradition, reinterpreting and rewriting it.

This collection was conceived as an experimental laboratory as well: it is comprised by short and micro-stories which question and challenge conventional forms of storytelling by incorporating poetic, memoiristic and essayistic devices.

TABLE OF CONTENTS

PREFACE	v
EL MUNDO ES MENTIRA	1
EL CALCETÍN DE LOCKE	6
HUNGRÍA	7
PARQUES Y JARDINES	13
RÍO ÁGUEDA	14
DICCIONARIO DE SUEÑOS	18
EL SUEÑO DEL ARTILLERO	19
LA GRIETA	22
LA CABEZA	23
EL VATICIDA	33
LA REINA DE COPACABANA	34
APÓCRIFO	42
LA INTRUSA	43
LA PANACEA	49
CUARESMA	51
GUÍA DE AVISTAMIENTO PARA TRADUCTORES	54
LA ZONA	55
HONORIS CAUSA	58
MANUAL PARA ACALLAR CIGARRAS	59
CACAO	63
CAMBIO	64
ENVASES E INORGÁNICOS	69
EPILOGUE: HILOS Y RETAZOS	70
BIBLIOGRAPHY	75

PREFACE

I. Ver el envés.

¿En qué medida es el escritor sincero cuando escribe acerca del proceso creativo? ¿En qué medida mistifica? Y, en cualquier caso, ¿puede reescribirse una obra literaria a través de estos escritos? En su ensayo *Esquizopsicología*, Danilo Kiš, recurriendo al símil cervantino, afirma que «[u]na obra literaria no puede mostrarse por el envés, como un tapiz, y compararse, como una traducción, con el original».ⁱ

Si comienzo con esta cita no es sólo porque esté de acuerdo con ella, sino también porque, como traductora y como escritora, me gusta pensar en el texto y en la ficción en su sentido etimológico: como tejido (*texere*, «tejer, componer») y forma (*figere*, «dar forma, modelar»). En buena medida, se trata de una excusa como cualquier otra para pensarme a mí misma como hacedor, como artesano, de anclar el oficio a una cierta materialidad y, así, despojar la reflexión de mistificaciones. Por otra parte, para aquellos ávidos de crítica literaria, en caso de necesidad la idea me permite recurrir a Roland Barthes y a su definición de la teoría del texto como *hifología*, como el estudio del tejido, de la tela de araña, del entrelazado perpetuo.ⁱⁱ Al margen de todo esto, se me ocurren pocas maneras mejores de comenzar un texto sobre ficción que empezar por Cervantes. Todo son ventajas.

O casi. Sigo sin vérselas a la idea de mostrar el envés, y me temo que mis reflexiones vayan a tener poco o nada que ver con el haz, y sospecho que en ningún caso podrían reconstruirse mis cuentos a partir de ellas. De todas formas, me digo, tal vez no sea en absoluto necesario hacerlo. Tal vez baste con explicar por qué se dedica uno a tejer. Tal vez baste con abrir la caja de labor y dejar que el lector enrede entre ovillos. Tal vez baste con hacer madeja sin cuenda.

II. Tejer voces.

Mi mejor amigo de infancia, Andrés, solía acompañarme cada día a la escuela. Aprovechaba aquel trecho para pasear a su perro. No recuerdo el nombre del perro; lo que sí recuerdo es que era uno de esos chuchos algo atolondrados que hunden el hocico en cada farola y salen escopetados detrás de cada rastro, ya sea de un congénere o de una rata, para perderse entre los setos. Recuerdo un día en particular: el perro se había quedado rezagado, Andrés con él, y yo llegaba tarde al colegio, así que solté la mano de mi padre y me di la vuelta para apremiarlos. Cuando me giré de nuevo, un anciano, con los ojos casi fuera de las órbitas y expresión interrogante, nos miraba, alternativamente, a mi padre, a mí y al espacio vacío al que yo estaba hablando. Mi padre se sonrió, pero yo fui presa de lo que años más tarde sabría que se denomina indignación. Entonces no logré ponerle nombre a aquel sentimiento que me hacía hervir hasta enrojecerme las orejas.

Por supuesto, no se trataba de que yo creyera, en modo alguno, en la existencia «verdadera y efectiva» (véase la definición del DRAE para *realidad*) de Andrés y su perro, ni de que me escandalizara la incapacidad del anciano para verlos. Lo que se arremolinaba en mi interior era más bien una serie de preguntas: ¿por qué demonios había tenido que estropearme la diversión?; y ¿acaso no es lo que hace la gente todo el tiempo: ver, inventar y contar el mundo a su manera?; y ¿es que era mi mentira una mentira de segunda categoría, mientras que una mentira piadosa o una media verdad son mentiras aceptables?

Todo esto, claro está, lograría articularlo también años más tarde; entonces lo único que saqué en claro fueron las orejas rojas. Y también sería años más tarde cuando descubriría que si Andrés y su perro hubieran estado negro sobre blanco, como ahora, el anciano probablemente no se habría inmutado, y tal vez incluso habría leído la historia con cierto

agrado, y puede que hasta hubiera celebrado mi precocidad literaria. Pero entonces yo no sabía escribir: inventaba a otros, inventaba sus voces e inventaba historias para aquellas voces. Exactamente igual que hago ahora, con la ventaja añadida, eso sí, de llevar años leyendo a otros mentirosos.

Así, este proyecto surge, en parte, por el mero placer de recuperar el impulso infantil de urdir voces e historias. Hay además en él, no obstante, algo de reto. Como poeta, uno está acostumbrado a hilar, devanar y tramar la propia voz en un ciclo inacabable de búsqueda, depuración y deconstrucción. Por supuesto, el tapiz resultante no es siempre tan uniforme: a menudo se cuelan hebras de otros. Sin embargo, en mi caso, se trata de un esfuerzo más bien monológico, por usar la terminología de Bajtín: las voces de los demás se incorporan sólo en la medida en que me sirven para reinventar la mía, y el punto de vista ajeno..., en fin, digamos que no es mi prioridad.

Seguramente me habría quedado cómodamente ahí, porque, después de todo, ¿qué puede aprender un poeta de la prosa? Ya lo dijo Brodsky: «No mucho: atención al detalle, el uso del lenguaje coloquial y burocrático, y, en raras excepciones, saber hacer compositivo (cuyo mejor maestro es la música)». ⁱⁱⁱ Se me ocurrió que, por una vez (o dos), Brodsky podía estar equivocado: ¿qué mejor manera de ensayar hasta dar con la voz propia que practicar con las voces de otros? El espacio de experimentación con la polifonía que se me abría en la ficción, como en la traducción, era inestimable. En este sentido, el proyecto es también un laboratorio de voces en el que comprobar su capacidad generadora de puntos de vista, atmósferas, espacios y, en definitiva, mundos, cuanto más dispares mejor.

Llegados a este punto, habrá quien se lleve las manos a la cabeza, ponga el grito en el cielo y afirme que, en mi intento de reflejar la mirada y la voz del otro en mis cuentos, estoy

apropiándome de él y falsificándolo. Recorro aquí a Herta Müller para responder: «El sonido de las palabras sabe que debe engañar, porque los objetos engañan con su material, y los sentimientos, con sus gestos. En el punto de intersección del engaño de los materiales y de los gestos se instala el sonido de las palabras con su verdad inventada. Al escribir no puede hablarse de confianza, sino más bien de la honestidad del engaño».^{iv}

¿Cómo ser honesto en el engaño? Si seguimos las recomendaciones de Chéjov, «después de terminar un relato, se debe tachar el principio y el final. Es ahí donde más mentimos los escritores».^v No estoy segura de que sea ésta la razón por la que prefiero el relato breve y ultrabreve, por la que me interesan más los finales abiertos que las historias atadas de pies y manos en las que el narrador te guía de principio a fin. Supongo que tiene más que ver con que en la vida rara es la vez en que no quedan cabos sueltos y ¿qué credibilidad tendría una mentira que tampoco los tuviera? En cualquier caso, me estoy adelantando: si voy a hablar de la forma, tengo que mencionar al erizo.

III. Corte y confección.

Sería deshonesto decir, parafraseando a Flaubert, que Carolina, la protagonista del cuento que da título a este libro, soy yo. La anécdota de la que parte el cuento, sin embargo, sí es cierta y sí es mía: siendo niña fui incapaz de terminar la figura de un erizo, consistente en una bola de arcilla sembrada de palillos, porque la bola de arcilla nunca me parecía lo suficientemente esférica.

A veces pienso que, mientras escribo, sigo haciendo erizos de arcilla. Por suerte, si bien la obsesión por la forma sigue estando presente, ya no me empeño en la más perfecta esfericidad, sino en la organicidad. Abordo mis cuentos del mismo modo que abordo mis poemas: como existencias autónomas construidas a partir de palabras y silencios^{vi} cuya forma

no es sino la revelación de su contenido.^{vii} Prefiero esta definición a otras muchas porque da la misma relevancia a lo dicho que a lo no dicho, pero sobre todo porque la escritura, así planteada, tiene algo de espera y de epifanía, requiere paciencia y generosidad: la de dar a cada una de estas existencias autónomas la forma que requieren y no otra; la de ser capaz de sobreponerse al vértigo de renunciar a los moldes genéricos para darse por entero a ellas; la de tirar de los hilos, aquí y allá, hasta que se mantienen en pie por sí mismas. El engaño, en definitiva, exige entrega y, paradójicamente, como dice Herta Müller, honestidad, no tanto para con el lector, que al fin y al cabo espera y desea ser engañado (¿por qué si no estás aquí?), sino para con la propia mentira.

Los narradores que más admiro son, precisamente, aquéllos que han aceptado el reto de entregarse al engaño y a su revelación: aparte de los ya mencionados Danilo Kiš y Herta Müller, Nikolái Gógol por la mirada microscópica, Lev Tolstói por la telescópica, Fiódor Dostoievskii por la ventriloquia, Isaak Bábel por la geometría, Mijaíl Bulgákov por los contrapuntos, Iván Búnin por los silencios, Vladímir Nabókov por las sinfonías, Antón Chéjov por las corrientes subterráneas, Virginia Woolf por las olas, Ángel Vázquez por el precipicio, Clarice Lispector por el huevo y por la gallina, Armonía Somers por el laberinto, Juan Carlos Onetti por la oscuridad, Jean Echenoz por la luz. A todos ellos los he tenido presentes, de casi todos ellos he tomado bastidor, urdimbre o trama, cuando no las tres cosas (el lector que se empeñe en ello puede encontrar más detalles en el epílogo), mientras tejía la tela de araña de estos relatos.

ⁱ Danilo Kiš, «Schizopsychology». *Homo Poeticus. Essays and Interviews*. Ed. Susan Sontag. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 1995, p. 62.

ⁱⁱ Roland Barthes, *El placer del texto*. México: Siglo XXI Editores, 1993, p. 104.

ⁱⁱⁱ Joseph Brodsky, «A Poet and Prose». *Less Than One. Selected Essays*. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 1986, p.177.

^{iv} «Herta Müller - Discurso Nobel: Cada palabra sabe algo sobre el círculo vicioso». Nobelprize.org. Nobel Media AB 2014. Web. 12 Feb 2015.

^v Iván Búnin, *About Chekhov. The Unfinished Symphony*. Evanston, Illinois: Northwestern University Press, 2007, p. 12.

^{vi} Denise Levertov, «The Nature of Poetry». *Light Up the Cave*. Nueva York: New Directions, 1981, p. 60.

^{vii} Denise Levertov, «Some Notes on Organic Form». *The Poet in the World*. Nueva York: New Directions, 1973, p. 13.

EL MUNDO ES MENTIRA

Los piojos habían atacado sin compasión aquel año. Mi hermana Carolina parecía ser la única del parvulario a la que no incomodaba aquel asedio y ocupación de los irreductibles parásitos. Muy al contrario, parecía disfrutar del ritual diario que la invasión había propiciado: con el pelo aún húmedo, lustroso y acre por el vinagre, posaba delicadamente su cabeza en el regazo de mi madre, que se entregaba al concienzudo rastreo y exterminación de piojos y huevos. Cric. Cric. Cric. Sus dedos recorrían la cabeza de Carolina y marcaban el ritmo, sin compasión alguna por los caídos en la batalla. Cric. Cric. Cric. La escena tenía algo de hipnótico, incluso para el espectador desinteresado que era yo. Cric. Cric. Cric. *Madona con liendre*, la titulé un día mientras hojeaba el manual de historia del arte para estudiantes de bachillerato cuyo contenido me esforzaba por absorber, con menos éxito del que habría deseado. Quedé más que satisfecha con la acuñación del rótulo que coloqué mentalmente a aquella imagen doméstica, puesto que englobaba lo que yo percibía como un aura ancestral y, a la vez, cierta maligna ambigüedad que deshumanizaba a mi hermana. Carolina.

Carolina, niña rara. *Ni-ña ra-ra, ni-ña ra-ra*, canturreaban en el patio de la escuela un par de críos, infatigables en su cantilena, todos y cada uno de los días a la salida de clase. Aquél era uno de los pocos momentos de la jornada en que ejercía mi papel de hermana mayor, más por imposición paterna que por vocación, un papel que yo había reducido paulatina y subrepticamente a un servicio de paquetería: mi cometido consistía en recoger a Carolina-liendre en el colegio y depositarla indemne en la cocina de nuestra casa para que ella misma, como la diminuta alimaña que era o que yo me empeñaba en ver, rebuscara y rapiñara su merienda en los armarios. *Ni-ña ra-ra, ni-ña ra-ra*, canturreaban machacones en el patio aquel par de críos, mientras mi hermana, sentada a solas en un banco, obviaba su

presencia y se concentraba en el movimiento oscilatorio de sus pies, de sus siempre relucientes zapatos de charol, que se balanceaban, dejando en el aire una estela oscura, al compás de no sé qué música sólo audible para Carolina-niñarrara. Sin demasiados miramientos, me limitaba a sacarla de su trance con un expeditivo «hala, vámonos» y, agarrándola de la mano, la arrastraba a marchas forzadas hasta casa: yo, un taciturno signo exclamativo; ella, tras de mí, un pequeño paréntesis de zapatos azabache y cabeza corvina.

Carolina-liendre, Carolina-niñarrara tenía aquel tipo de ausencias, un talento para el exilio voluntario del mundo que yo, en secreto, envidiaba. Quedarse ensimismada durante minutos con el murmullo del tocadiscos una vez que el LP había acabado. Observar, tumbada en el suelo, la luz del sol filtrándose entre las hojas de los árboles. Cerrar luego los ojos para vagar entre las chiribitas que la luz dejaba en la oscuridad, como minúsculas huellas. Pisar, muy despacio y a conciencia, la nieve congelada o medio derretida para hacerla crepitar o gruñir, respectivamente, bajo el reducido peso de sus pies.

Aquella tarde no llegué a terminar el acuciante «hala, vámonos» diario que rompía el monótono conjuro de los niños de costumbre, apenas un zumbido de insecto, ya vacío de sentido de tan manido: la maestra de Carolina, una figura seca de cuerpo y espíritu, me llevó aparte para pedirme, sin mayores explicaciones, que entregara una nota a mis padres. Incapaz de mantener a raya la curiosidad malsana de averiguar qué tipo de transgresión había podido cometer mi, por lo general, flemática hermana-liendre, nada más doblar la calle y salir del campo de visión de la maestra solté la mano de Carolina y me precipité sobre la nota. Escuchando a mi espalda el leve chapoteo apresurado de sus piececillos, que se entretenían aquí y allá en los charcos llorados por un chaparrón intempestivo, avancé a paso ligero por la acera con la mirada, atónita, hundida en la caligrafía escolar de la profesora. Al parecer

Carolina-niñarrara acababa de aderezar su expediente con los delitos de insubordinación y resistencia a la autoridad en rebeldía y contumacia: se había negado reiteradamente a entregar su tarea a la maestra, llegando a arrebatarla de las manos con violencia (cita textual) al intentar aquel escobajo de mujer hacerse con ella.

Un súbito sentimiento de admiración por aquel fugaz arranque de audacia de mi hermana, dentro de sus canijas posibilidades, se coló junto a nosotras en el portal de casa y me empujó a romper, ya en el interior del ascensor, nuestro tácito acuerdo de no agresión, basado en ignorarnos mutuamente siempre que las circunstancias lo permitieran.

—¿Qué ha pasado en el colegio? —Maquillé mi curiosidad con cierto tono indiferente mientras apretaba el botón del piso décimo. La respuesta llegó sólo tras unos segundos de silencio y zumbido del cascado ascensor, durante los cuales mis ojos se esforzaron por abrir brecha a través de la hermética cabeza de mi hermana, agachada y reconcentrada en sacar brillo a los zapatos de charol con la manga de su babi a cuadros verdes y blancos.

—Nada —contestó tan lacónica como siempre Carolina-insumisa, que no se dignó siquiera a levantar la mirada, absorta todavía en sus zapatos.

—La maestra dice que no le querías dar la tarea —me emperré yo, dejando a descubierto mi curiosidad, hasta entonces perfectamente camuflada.

—No lo había acabado —respondió impertérrita Carolina-contestataria, mirándome esta vez con la expresión de quien explica algo obvio a alguien un poco tardo de entendimiento.

—¿No habías acabado *qué*? —Me venció la intriga.

—El erizo. —Su parca respuesta coincidió con el frenazo gemebundo del ascensor, que hizo las veces de subrayado a aquellas dos palabras.

—¿El erizo? —Me detuve en el descansillo para sostenerle la puerta del ascensor, insólita deferencia por mi parte.

—Sí. Teníamos que hacer un erizo. Con arcilla. —Formó una especie de esfera con sus manitas para que la lerdá de su hermana mayor lo entendiera mejor—. Y luego ponerle los pinchos. Con palillos. —Hizo un gesto que lo mismo podía haber servido para poner pinchos a un erizo de arcilla que para ensartar aceitunas, pero me reservé el comentario por temor a que el sarcasmo interrumpiera la explicación.

—Pero no lo acabaste —la azucé, plantada en mitad del descansillo.

—No. —Me miró de soslayo, entre avergonzada y resentida por el hecho de que yo sacara el tema a relucir, y se rascó la cabeza, fingiendo capturar un piojo para disimular su turbación.

—¿Por? —insistí, despiadada, mientras abría la puerta de casa.

—Porque aún no era redondo del todo. —Se infiltró rápidamente por uno de mis flancos y dejó caer su cabás sobre el sofá, con intencionado estrépito, a modo de punto final.

—Pero los erizos no son redondos *del todo*. —Me resistí a zanjar la cuestión, con media sonrisa autosuficiente, cierto retintín y un portazo que ponía el punto y aparte.

—Los erizos *sí son* redondos del todo, tía lista. Como los balones. Y como el mundo. —Proclamó con total convicción y ademán recalcitrante.

—El mundo *tampoco* es redondo del todo, boba. —Me reafirmé yo en mi superioridad.

—¿Ah, no? —Dio un respingo e invirtió nuestros papeles habituales, arrastrándome por la manga hasta el despacho de nuestro padre—. Pues mira. —Señaló el polvoriento globo terráqueo que evitaba el suicidio, estante abajo, del último tomo de la enciclopedia.

—Pero este mundo no es de verdad. El mundo de verdad es achatado por los polos, y tiene montañas, y mares, y precipicios, así que no puede ser *redondo del todo*. —Hice un gesto ondulante con la mano derecha, en un esfuerzo por ilustrar mi razonamiento, sin demasiado éxito en vista de la mirada escéptica de Carolina-presocrática, que se rascaba de nuevo la cabeza, no tanto a la caza y captura de piojos como de incertidumbres.

—Entonces... ¿este mundo es mentira? —preguntó con tono más incrédulo que dubitativo Carolina-platónica, y aquella pregunta me sumió en el más confuso de los silencios, un silencio tan sólo roto por el crepitante cric de un nuevo caído en la contienda.

EL CALCETÍN DE LOCKE

«Panta rhei... Panta rhei...», musitaba mientras remataba el zurcido con una sonrisilla entre socarrona y triunfal.

Aunque jamás en su vida había dado una sola puntada (o tal vez precisamente por eso), con aquella última estaba seguro de haberle arrojado el guante al viejo chiflado y su adocenado río.

HUNGRÍA

Habían llegado de Hungría. Al menos eso era lo que decía mi padre. O al menos eso era lo que parecían haber decidido los prohombres del pueblo reunidos en consejo extraoficial en torno a unos vasos rebosantes del licor que mi padre destilaba clandestinamente en la parte trasera de nuestra casa. Hungría, al fin y al cabo, era en el imaginario colectivo de la Castilla de posguerra tan buen lugar como cualquier otro para convertirse en la quintaesencia de lo exótico.

En realidad, pensé yo entonces, aquel acuerdo tácito no era más que una excusa para justificar el apodo con que, de manera inmediata, habían bautizado a la dueña del circo apenas se hubo asomado a la plaza: *la Hungarona*. El apodo, arbitrariedades aparte, le venía al pelo: una mujer del tamaño, el grosor y la consistencia de una bala de forraje, un cigarrillo de tabaco negro en cada comisura de los labios, en la cabeza un pañuelo y todos los colores que mi madre no vestía, al cuello toda la bisutería que mi madre ni tenía ni jamás tendría.

Como decía, *la Hungarona* se asomó a la plaza, seguida del primer mono que yo vería en mi vida y, muy probablemente, el primero que veían las decenas de ojos acechantes que escudriñaban tras los visillos de encaje de los ventanucos y las cortinas de abalorios de los umbrales. Estudiando el terreno, ama y mono se abrieron paso entre el hatajo de críos que habíamos detenido la cuenta del escondite para mirarla, entre curiosos y embobados, mientras nos limpiábamos el moqueo de un enero encarnizado con las mangas del jersey, mugrientas y ya encostradas a final de mes. Tras comprobar que impedía la acampada del circo la presencia del escuálido roble que, haciendo un flaco favor a la fama de su especie, presidía la plaza del pueblo, se dirigieron al colmado. Entre grandes aspavientos de la mujerona, miradas

impertérritas del mono y el gesto mitad atónito y mitad intimidado de Olimpia, la tendera, lograron hacerse entender, o ésa fue la impresión que nos dio la sonrisa satisfecha de aquella bala de forraje andante al salir con paso enérgico del minúsculo almacén de ultramarinos y atravesar de nuevo la plaza, desapareciendo al fin tras un recodo del camino que conducía al cementerio. Como comprobaríamos acto seguido, las apariencias engañan.

Apenas se hubieron esfumado a lo lejos la cola del macaco y el humo de los cigarrillos, una decena de alpargatas negras se aventuró a atravesar a la carrera la nieve embarrada que cubría la plaza en dirección a la abigarrada tienda de Olimpia, más llena de clientela en aquel momento de lo que hubiera estado nunca antes. Después de dar un codazo a Tomás, tonto oficial de la muchachada, que seguía pasmado y boquiabierto, lo arrastré hasta el colmado. Zigzagueando por un laberinto de mandiles zurcidos, nos apostamos junto a la balanza que coronaba el mostrador.

—¿Qué ha dicho? —susurraron apremiantes las dueñas de las alpargatas, todas a una.

—Qué sé yo —confesó apurada Olimpia—. No hablaba en cristiano. Portuguesa no era —comparó mentalmente con el mirandés hablado por los contrabandistas de café—. Será una húngara —dedujo, ganándose así el dudoso mérito de haber acuñado el sobrenombre con que se honraría en adelante a la directora de aquel circo aparecido de la nada en pleno invierno. Qué oscuras asociaciones mentales guiaron su conclusión hasta Hungría es algo que jamás quedó demasiado claro.

Siendo justos, circo era una denominación generosa en exceso para aquel puñado de carromatos destartalados que acampó junto a la tapia del cementerio, con no pocos reparos del señor cura, que, pese a apelar a no sé qué concilio, finalmente acabó cediendo ante la

insistencia generalizada de la parroquia. Tras sucesivas expediciones de reconocimiento, Tomás y yo pronto descubrimos que, aparte de *la Hungarona* y el mono, componían el exiguo elenco una cabra con sarna en los cuartos traseros, un viejo trompetista que, sin entonar muy allá, animaba los precarios equilibrios de la cabra sobre un taburete cojo, un forzado con ciertos síntomas de malnutrición y su esposa, la contorsionista Marifé, a la sazón *femme fatale*, traductora e intérprete de la troupe. Junto a la caravana se alzaba, a modo de carpa, un tendal desteñado por el uso y mugriento por la desidia, parcheado y vuelto a parchear, con un par de banderolas que ondeaban ateridas al viento y un rótulo que rezaba, en grandilocuentes mayúsculas: CIRCUS. GRAN JIRA MUNDIAL.

El maestro no podía evitar una sonrisilla cada vez que lo miraba de reojo a través de la ventana de la escuela y yo, entretanto, no dejaba de preguntarme, asombrado ante semejante golpe de suerte, qué gran gira mundial sería aquélla que se detenía en un pueblo inexistente en el mapa de España colgado junto al pizarrón, un pueblo en el que desde hacía tiempo, por vagancia o por olvido, ni siquiera se detenía la guardia civil a echar un vistazo. Claro que, por aquel entonces, yo no sabía gran cosa, ni de circos ni de la guardia civil, y me limitaba a devorar con los ojos todo el exotismo de Hungría y el pintoresquismo del espíritu circense sin añorar ni un ápice los severos tricornos.

Tras arduas negociaciones con el alcalde del pueblo, Marifé mediante, y rindiéndose ante la evidencia de la escasez de efectivo entre su potencial público, *la Hungarona* accedió a cobrar la representación en especie, embolsándose, eso sí, la mitad de sus honorarios por adelantado. Lo de embolsársela resultó ser literal. Una vez cerrado el acuerdo, recorrió el pueblo, puerta por puerta, de nuevo con dos cigarrillos humeantes en la boca y acompañada por el macaco. Éste, brincando de frío sobre la nieve, arrastraba un saco en el que las

vecindonas, turbadas por la penetrante mirada del mono, que ellas interpretaban como incriminatoria, acababan introduciendo más viandas de las que tenían intención en un principio.

Sólo entonces comenzaron los ensayos aquellos artistas internacionales. Se trataba de ensayos a puerta cerrada que yo sospechaba más por pura costumbre y por el esfuerzo de mantener un cierto halo de misterio que por verdadero amor a su profesión o por necesidad, dada la sofisticación de los números que integraban el programa. Al terminar la escuela, trotaba hacia el cementerio arrastrando por la manga del jersey a Tomás, que, trastabillándose en la nieve, me seguía con sus ojos de hechizado perdidos en lontananza. De puntillas, envueltos por el vaho que exhalaban las mulas y el estiércol del circo, nos asomábamos a los sietes de la carpa que aún no habían podido remendarse por falta de medios, de tiempo o de ganas, y contemplábamos maravillados cómo la troupe, bajo la atenta supervisión de *la Hungarona*, reproducía sin especial entusiasmo los números previstos: la cabra se tambaleaba sobre el taburete al compás apopléjico del viejo trompetista, con el rostro congestionado por el esfuerzo, y del mono, que entrechocaba unos platillos con estruendo parejo a su falta de ritmo; el forzudo levantaba, doblaba y tronchaba, sucesivamente, diversos objetos, cada cual más aparatoso, culminando su actuación, algo trémulo, con Marifé sujeta por encima de su cabeza; y Marifé, la cual, aun comparándola con su jefa, estaba bastante entrada en carnes para ser contorsionista, perpetraba una serie de volteretas arrastrando su cabellera oxigenada por la pista central y única de aquel circo.

Por las noches, a la luz de una vela, yo examinaba el viejo atlas que me había prestado el maestro, una antigualla en la que aún resistía contra viento y marea el Imperio Austrohúngaro, y me entretenía intentando calcular mediante una regla de tres cuántos días

habrían tenido que emplear para llegar hasta nuestro pueblo desde la mismísima Hungría, y desistía al comprobar que no me bastarían siquiera los dedos de las dos manos para lograrlo, y me parecía toda una eternidad, y, rendido, me dormía, y en sueños me asaltaban los desconcertantes ojos del macaco, que entrechocaba hierático los platillos.

Por fin, cierto día, al casi disuasorio grito de «¡Marifé, el que no pague no la ve!», el viejo trompetista, seguido de un séquito compuesto por una de las mulas y el mono cabalgando a los huesudos lomos de la cabra, anunció con acento que suponíamos húngaro la tan esperada actuación: tendría lugar al atardecer. Cuando el sol comenzó a ponerse tras el horizonte, reverberando rojizo, y anaranjado, y violeta sobre la nieve que se aferraba obcecada al pueblo, hileras de vecinos, cada uno con su silla de mimbre en una mano y su cuota del honorario en la otra, se dirigieron en profana procesión a la carpa, párroco incluido. El mono, ataviado con una astrosa casaca que en tiempos había sido de color bermellón, ejercía de cancerbero a la entrada de la carpa y recaudaba circunspecto en su ya renombrado saco las aportaciones de los espectadores, ora un trozo de queso, ora una hogaza de pan, ora una tajada de jamón.

La función se desarrolló según lo planeado por *la Hungarona*: la cabra se tambaleó sobre el taburete al compás apopléjico del viejo trompetista, con el rostro congestionado por el esfuerzo, y del mono, que entrechocó sus platillos con estruendo parejo a su falta de ritmo; el forzudo levantó, dobló y tronchó, sucesivamente, diversos objetos, cada cual más aparatoso, culminando su actuación, algo trémulo, con Marifé sujeta por encima de su cabeza; y Marifé, vestida para la ocasión con medias de rejilla y un bañador gastado al que habían malcosido aquí y allá unas lentejuelas, perpetró una serie de volteretas arrastrando su cabellera oxigenada por la pista central y única del circo.

Las expectativas del público, al parecer, eran bien distintas a las previsiones de la mujerona y sus artistas: la platea toda, tiritando de frío, no era sino ojos. Ojos expectantes. Ojos anhelantes. Ojos reprobadores. Ojos lascivos. Ojos incrédulos. Ojos socarrones. Ojos. Nada más que ojos cuya mirada mantenía impertérrito el mono pero que forzaron a una dubitativa Marifé a improvisar un nuevo final para su número, proeza casi heroica para una contorsionista de dotes tan limitadas. Mientras la contorsionista que apenas se contorsionaba inventaba a duras penas alguna que otra acrobacia, la platea se fue transformando en silbidos, al principio entre admirativos y guasones, luego, poco a poco, increpantes. Los silbidos fueron creciendo como la masa del pan en el horno de piedra de mi madre, paulatina pero irrevocablemente, para convertirse en un abucheo que, a mis oídos de entonces, era redondo y rotundo como los hornazos de Pascua y, al fin, deshincharse en el rumor que produjo la desbandada de los espectadores.

Aquella misma noche el circo desapareció en la misma nada de la que había salido sin dejar más rastro que otra gran nada en el lugar en que había estado acampado.

—Que vayan con la misma paz que aquí han dejado —musitó mi padre al enterarse.

Yo cerré el atlas, en mi cabeza la mirada imperturbable del macaco.

PARQUES Y JARDINES

Aquel otoño encharcado de sed y urgencia no le dejó sino el laxo vacío que lo sitiaba. Leve como unas alas aovillando el aire. Pardo como los gorriones y la esperanza del escéptico.

RÍO ÁGUEDA

El cielo es aquí como un lienzo rasgado por las crestas, y como un lienzo rasgado es la tierra hendida por el río, y como el lienzo, al rasgarlo madre para bordar una nueva pieza, ruge con la crecida el río que me da nombre, y desgasta las arribes, y la roca, y el tiempo, y susurra cuando se amansa, y canta al convertirse en arroyos que se desperdigan por las gargantas, del mismo modo que yo canto y me convierto así en arroyo que colma mi garganta, y bordo y me convierto así en río que atraviesa el lienzo, y dice entonces madre que acertó al ponerme el nombre, aunque yo sepa de sobra que no buscó más lejos a la hora de elegirlo por pereza, y no por certidumbre.

Ya duerme la blanca flor entre blancos algodones. Dicen que tienes la fama de robar los corazones. Y al pasar el río tropecé en la rama. Con la flor y nata fuiste a tropezar, interrumpe siempre madre la canción, con la flor y nata: cabrero, contrabandista y, para más inri, portugués. Para más inri, portugués, repite siempre, y yo sé que es justo eso lo que más la indigna, que sea transmontano, y no su miseria, que es la misma que la mía, que la nuestra, que la de todos en este hondón ahogado por la filoxera. Ya me dirás qué puede salir de bueno de un pueblo que se llama Pocinho, porfía al ver que yo me empecino en mi silencio, ya me dirás, hasta que logra hacerme responder. Y qué le voy a hacer yo, madre, le contesto, qué le voy a hacer si todos los quintos se fueron para la Argentina, madre, si sólo quedaron aquí los viejos, los lisiados y los muertos de hambre que no tienen ni para el pasaje, ni para una triste maleta de cartón. Qué le voy a hacer yo, madre, qué le voy a hacer, excusa tras excusa, porque cierto es que podría hacerle algo de caso al Simón, el hijo del señor alcalde, que me ronda y me importuna, y ella bien lo sabe, por eso traigo a colación a los lisiados, aunque el Simón sólo cojee un poco. Una lástima ese muchacho y todos los que se han desgraciado

construyendo el puente y la vía, dice la Hermelinda cuando, a la vuelta de misa, dejamos atrás al Simón, y ella lo mira con ojos de cordera, una lástima, y yo me digo que la lástima es que estos dos no se entiendan, si a la Hermelinda al fin y al cabo no le importa que el Simón tenga la pata galana y camine algo escarranchado, una pena.

Dicen que tienes, que tienes, que tienes más de mil reales. Si los tienes guárdalos; tus ojos sólo los valen. Y al pasar el río tropecé en la rama. Si canto mientras bordamos no es porque me llame como el río, sino porque al final del día se nos acaba la retahíla de novenas, rosarios, salves y jaculatorias, y a madre no le gusta que me quede embaída mientras rematamos la labor, dice que entonces pienso en lo que no es menester pensar, todo porque una vez, al preguntarme ella qué andaba discurrendo, se me ocurrió responder que estaba pensando en el puente, y en la vía, y en el tren, y madre se barruntó lo peor, y lo mismo dio que yo le explicara o le dejara de explicar, que desde entonces me cела y no me deja ni a sol ni a sombra, ni siquiera con mi silencio, porque no sería ni la primera ni la última, asegura ella, ni la primera ni la última que acaba atropellada en un túnel, o despeñada en el fondo del tajo, o arrastrada por la corriente, queriendo o sin querer, lo mismo da. Entonces, la verdad, yo andaba cavilando, nada más, que era una pena lo del Simón, sí, pero que si no fuera por la vía y los trenes, no hubiera conocido yo al João, porque fue cuando inauguraron el puente la primera vez que nos vimos, y además la primera vez que vimos un tren por estos andurriales preñados sólo de piedra, y retama, y sobreros, y fue cosa digna de ver, aunque fuera en pleno invierno, el puente internacional engalanado y las dos locomotoras, la portuguesa y la española, humeando, y bufando, y encontrándose en mitad del puente, y aprovechamos que los carabineros y los *picachouriços*, a cuenta de la fiesta, hacían la vista gorda en la frontera, sobre todo con las mozas, para trocar en la vertiente portuguesa manteles y pañuelos con

vainica por lienzo, y puntillas, y café, y azúcar, y hasta algo de bacalao llevaba alguna escondido en el refajo.

Y al pasar el río tropecé en la rama. Se me ha caído el pañuelo, y me lo ha llevado el agua, y ahora ya no tengo pañuelo ni nada. Cada vez que bordo pañuelos pienso en el João: allí estaba él vendiendo lienzo de algodón, el más fino que yo haya visto nunca, pero estaba claro, por sus manos renegridas y cuarteadas como corteza de encina, que no se dedica a eso, y luego, en efecto, nos contó el Simón, con algo de inquina, la verdad, que además de guardar cabras trabaja para el fulano ese al que llaman *el Pájaro*, pasando contrabando de un lado a otro del río, y hasta gente, si se terciaba, en verano por los remansos, sobre balsas de pellejos hinchados de aire, y en invierno tendiendo guindaletas de una orilla a otra, y ahora que han abierto la vía, atravesando túneles y puentes, pero entonces yo no sabía nada, sólo sabía que sus manos no eran manos de vender lienzo, y me olía algo raro, así que le pregunté de dónde lo había sacado. *Ye melhor nun preguntar*, me respondió, y se rió con una risa que era como el río cuando se desprende en cascadas por las paredes escarpadas del tajo, tan diferente a la mía, que es como el río cuando corre encajonado por el fondo de la garganta, y aunque la respuesta tenía que haberme escamado, decidí comprarle el lienzo, y mientras él doblaba la tela mal y de mala manera, que daba dolor de corazón ver cómo la engurruñaba con aquellas manazas suyas de encino, yo insistí, tú a qué te dedicas, le pregunté, y no sé por qué me quedé atrapada en sus ojos blandos de tierra húmeda. *A la mesma cousa que bocé, mas an beç d'ousar filo uso cuorda, i an beç d'atrabessar la tela, atrabesso l riu*, contestó, y volvió a reír con una cascada de risa, y yo, azorada, clavé la mirada en la faltriquera, y fingí buscar la media docena de pañuelos y el real que me había pedido por el lienzo, y entonces preguntó él, *qual ye l suo nome*. A cuento de qué vendrá ahora eso, pensé yo, a cuento de qué, y sin

embargo respondí, Águeda, me llamo Águeda, y tendí la mano con los pañuelos y el real sobre la palma, esperando a cambio el fardel de tela. *Anton sempre qu'atrabesso l riu, stou a atrabessar bocé*, dijo él, esta vez sin reírse, mirándome muy serio a la par que me daba el lienzo, y en lugar de coger el real y los pañuelos envolvió mi mano con la suya, que no era blanda como la tierra húmeda de sus ojos, sino áspera, y recia, como una roca. *L miu nome ye João*, dijo, esta vez sin que yo le preguntara nada, y en lugar de coger el real me plantó un paquete de dulces en el rimero de pañuelos y la zozobra en el alma. *Será que bamos ver-mos outra beç*, preguntó, y yo, como el alma de Garibay, sin saber qué responder, mirándome las alpargatas, sólo atiné a contestar con otra pregunta, qué dulces son éstos, *cumo*, preguntó él frunciendo el ceño, que qué dulces son éstos, volví a preguntar yo, y otra vez el torrente de risa: *por acá chamamos-los súplicas*.

Pero para entonces la Hermelinda, con la misma cara agria que habría puesto madre, ya estaba arrastrándome por el brazo, vámonos de vuelta para La Fregeneda, tira, tira, y tiramos, yo a trompicones, con el lienzo empesgado bajo el brazo, con los pañuelos y las súplicas en la mano derecha, con la izquierda enderezando la toquilla, el único pretexto que tenía para girarme y echar un último vistazo, por el rabillo del ojo, al João, que repitió, a voz en cuello, *súplicas*.

DICCIONARIO DE SUEÑOS

Se soñó desnudo, intentando en balde cubrirse apenas con las manos, igual de desnudas. Sollozando, muy quedado, tragándose las lágrimas mientras repetía una y otra vez: «No me mires, por favor. No me mires».

Jamás llegó a descubrir el rostro de quien lo observaba, pero sí que lo acre se adhiere, viscoso, a la lengua.

EL SUEÑO DEL ARTILLERO

Márie cree haber descubierto que tengo una amante. Procura olvidarlo durante la semana, pero los domingos, en el preciso instante en que voy a girar el pomo de la puerta para salir, comienzan los reproches: por lo visto, con mi comportamiento no honro el día del Señor; por lo visto, mi desvergüenza no tiene límites.

Hay pocas cosas que me revienten más que el hecho de que me hagan sentir culpable, aparte de que me den órdenes. Que me den órdenes haciéndome a la vez sentir culpable es el colmo. Así que reviento: el Señor no tuvo tanta consideración conmigo cuando me mandó al frente en el dieciséis, ni cuando para salir del frente no me quedó más remedio que atravesarme la mano con la bayoneta a finales del diecisiete, ni cuando para evitar que me enviaran al paredón por fingir y por desertor tuve que cruzar el océano en un carguero en el dieciocho, patinando entre vómitos y gargajos de gripe española, ni cuando fui a parar al puñetero culo de los Estados Unidos, porque eso es lo que es este agujero de mala muerte, este Cedar Rapids con ínfulas de Nueva Bohemia, repleto de paletos checos, orondos como barriles de cerveza, así que el Señor me disculpará, digo yo, si le dan mucho por saco, y ojo por ojo, y diente por diente.

Cuando me detengo un instante para tomar una bocanada de aire, Márie está gimoteando, descargando su furia y su desesperación por la nariz contra un pañuelo que no tiene culpa ninguna. Entre moqueo y moqueo, masculla la perorata de costumbre: que soy un gañán sin sentimientos, un bestia que no se diferencia en lo más mínimo de las alimañas de los Tatras, y que América no me ha cambiado ni un ápice. Rectifico: hay otra cosa que me revienta a más no poder, y es que me califiquen de bárbaro por civilizar salido de los bosques

de los Cárpatos. Así que reviento de nuevo: si yo no era suficiente para ella, podía haberse casado con un Švejk cualquiera de Nueva Bohemia o, ya puestos, con uno de esos barbudos menonitas que proliferan por aquí como setas.

Sé que he dado en el blanco porque Márie se deja entonces de numeritos dramáticos y, muy seria, me recuerda que esperó a que regresara del frente, y que cruzó el océano conmigo, en el mismo carguero, con los mismos vómitos, con la misma gripe española y, para guinda del pastel, con la barriga que yo le había hecho en uno de mis permisos. Cuando da media vuelta y se dirige a la cocina, con paso firme, gesto teatral y toda la dignidad que permite una cabeza sembrada de bigudías, ya no sé cómo enmendar lo dicho. Tampoco estoy por la labor de reconocer que en parte tiene razón, de modo que, tal y como hago cada domingo por la mañana, me marchó.

«A las mujeres no hay que darles explicaciones, Juraj», me dice siempre el viejo Vogel mientras vaciamos vasos de *pálenka* en su porche. «Da exactamente igual lo que les cuentas, porque ellas imaginan lo que les viene en gana». Tal vez sepa lo que se dice: al fin y al cabo, él ya va por su tercera vida y su tercera esposa. La primera murió durante el parto mientras él luchaba con la Legión Checoslovaca en Ucrania; a la segunda se la llevaron en uno de los transportes que vaciaron el campo de concentración de Nováky, poco antes de que él se uniera al grupo de partisanos que lo liberaron; y a la tercera la conoció hace un par de años, entre maletas y cruces de tiza, mientras hacían cola para la inspección médica en Ellis Island. Me pregunto que habrá imaginado de Vogel cada una de ellas.

«A las mujeres no hay que darles explicaciones, Juraj», me repite hoy el viejo Vogel. Balanceándose en su mecedora, se relame la barba para apurar las últimas gotas de *pálenka*

mientras se da palmaditas de satisfacción en la barriga. «Da exactamente igual lo que les cuentas, porque ellas imaginan lo que les viene en gana. Pero, por más que imaginen, nunca van a tener ni la más remota idea de lo que necesita un soldado al regresar a casa». Vogel, que después de hartarse a fabricar cartón en Nováky sigue ahora cizallando cartón hasta la náusea en el taller del encuadernador Kolárik, tiene claras sus necesidades, y ninguna de ellas incluye otra mujer a la que le dé por imaginar más de la cuenta: beber *pálenka* casera, castigar con una mezcla delirante de *klezmer*, himnos partisanos y Sinatra a su decrepito acordeón, seguir bebiendo *pálenka* hasta anestesiar la añoranza de otras vidas posibles, seguir bebiendo hasta caer redondo.

Y yo, que después de hartarme a tragar tierra y polvo mientras me arrastraba por las trincheras con la munición auestas sigo ahora tragando tierra de barrenos y polvo de voladuras en la cantera de Anamosa, también tengo claras mis necesidades desde que inauguraron el túnel de lavado en Cedar Rapids: el siseo del agua, el ritmo monótono de los cepillos girando sobre el capó, ese paréntesis de ruido blanco, la carrocería roja de mi chevrolet encerada, sin una mota de polvo, reluciendo al sol, y, sobre todo, nadie que imagine de más un domingo por la mañana.

LA GRIETA

Los especialistas del Instituto Geodésico no se explicaban el fenómeno, pero todos en el pueblo sabían perfectamente dónde y cuándo había tenido comienzo: en casa de los Angostura, hacía apenas un mes. Para ser más exactos, el día en que el señor Angostura emitió el único grito que se le había oído en toda su letárgica existencia, esquiva siempre de una voz más alta que otra.

Desde entonces se había ido propagando como se propagan los rumores, el cólera o las plagas de cucarachas: apenas perceptible pero implacable. Atravesó puertas y ventanas, fisuró dinteles, suelos, paredes y techos, fracturando el término municipal mientras los Angostura rehuían las miradas recriminatorias de los vecinos.

Sólo cuando aquella croqueta cayó, deslizándose con indolencia bandeja abajo, y se perdió en las profundidades de la grieta, la señora Angostura supo que no podían seguir negando la evidencia.

LA CABEZA

—Qué quiere que le diga, señora jueza: creo que para certificar que encajan tampoco hacía falta esperar a que llegara el forense —dijo con cierta sorna el rotundo teniente Nikolái Vasílievich Beguemot mientras sostenía por el pelo, justo encima del cuerpo decapitado que yacía despatarrado junto a los raíles del tranvía, la cabeza que habían encontrado apenas unos metros más lejos, reclinada sobre el muro del cementerio de Novodévichi. Beguemot detuvo tan sólo unos segundos la peregrinación de la cabeza, del suelo a su correspondiente bolsa, y de allí al coche patrulla, para reconstruir el rompecabezas: no se trataba tanto de cerciorarse, efectivamente, de que cabeza y cuerpo encajaban, como de demostrar la superioridad con que lo laureaban sus décadas de experiencia y cientos de suelas gastadas en las calles moscovitas, especialmente ante la jueza, un ser cuya existencia, por lo que él veía como una incongruencia entre su cargo y su sexo, le parecía tan inverosímil como la del pájaro de fuego o la del pececillo dorado de los tres deseos.

La corriente subterránea que susurraba bajo aquel comentario permearía el cerebro del sargento Iván Nikoláievich Ponyriov, apenas un cadete recién graduado de la Academia de Policía que luchaba por sobreponerse a un leve mareo anuncio de náusea, sólo tiempo después, cuando, tras la declaración del encargado del cementerio, se diera carpetazo a aquel caso, tan desconcertante como un arabesco desde el principio.

Me llamo Pável Aleksándrovich Florenskii. Soy encargado de mantenimiento del cementerio de Novodévichi.

Desde hace seis años.

No. Antes trabajaba en la Universidad Estatal de Moscú.

No, no era encargado de mantenimiento.

Profesor. Era profesor. Catedrático, para ser más exactos.

De teología.

No dejé el trabajo. Me echaron.

No me dieron razones convincentes, pero tampoco me sorprendió. *Superfluo*, eso es lo que dijeron: que mi puesto era superfluo. En la actual coyuntura se pueden contar con los dedos de una mano los catedráticos de humanidades, mientras que proliferan legiones de ingenieros industriales especializados en prospecciones petrolíferas, como enjambres de zánganos que...

Sí, tiene razón, supongo que puedo ahorrarme los comentarios acerca de la gestión económica del rég..., del gobierno. ¿Cuál era la pregunta? Ah, sí: no tuve ningún otro trabajo después de que me echaran de la universidad. Éste fue el único que encontré. Que me encontraron. Supongo que les pareció el lugar más útil para un teólogo. No sé. A Margarita le parece que es un trabajo indigno para un hombre de mi talento, pero qué se le va a hacer...

Margarita es mi esposa.

Seis años. Nos casamos el mismo día que me despidieron. Paradojas de la vida.

En el mismo cementerio, en un anexo cedido por el ayuntamiento de la ciudad. A Margarita no le gusta vivir allí, por más que éste sea un cementerio animado, con todas esas hordas de turistas fotografiándose ante las tumbas de Chéjov, de Prokófiev, de Stanislavskii...

Ya, ya sé que no estoy aquí para hacer de guía turístico. Disculpe, teniente. No era mi intención enredarlo con digr...

Claro. Al grano: no, allí no vive nadie más. Sólo hay una oficina turística que cierra en cuanto finalizan las horas de apertura al público. ¿Quién querría vivir en semejante mausoleo para necrófilos? Mausoleo para necrófilos. Así lo llama Margarita. Dice que la única ventaja del antro que tenemos por casa es que está rodeado de flores. Nunca faltan flores. De hecho, todo empezó por culpa de unas flores que...

¿Qué *todo*? Toda esta cadena de infortunios. Creía que por eso estaba aquí. Por Berlioz. Por el turista. Por la anciana...

De acuerdo, de acuerdo. Por orden. Berlioz es el vigilante del cementerio. El dueño de la cabeza que han encontrado esta mañana. Antes era de los suyos, creo, así que no les costará identificarlo. Si se hubieran molestado en comprobar su documentación a estas alturas ya lo...

Por supuesto, por supuesto. También puedo ahorrarme los comentarios acerca de los procedimientos policiales. Sólo pretendía ser de utilidad, pero no es asunto mío. En fin, un desgraciado accidente, esto de Berlioz.

Sí, he mencionado a una anciana. La anciana de las flores. Una asidua: acudía todas las semanas, después de asistir a la misa en el monasterio, para dejar flores en la tumba de un veterano de la batalla de Stalingrado. Supongo que era su viuda, o tal vez se tratara de un antiguo amor...

Ya, no hay tiempo para romanticismos. Es usted un hombre ocupado. Continúo: todas las semanas la anciana dejaba flores en aquella tumba, al pie del tanque de granito que

conmemora la «gloriosa contribución a la salvaguarda de nuestra patria» de aquel buen hombre. No me mire así. Eso es lo que pone en la lápida; no me lo estoy inventando... El caso es que nunca le había prestado demasiada atención. Al fin y al cabo, en el cementerio tenemos ancianas y flores para dar y tomar. Pero aquel día llevó crisantemos. Un ramo de crisantemos amarillos. Las flores preferidas de Margarita. Por eso me fijé. Mi sueldo no da para demasiados caprichos y mi mujer no levanta cabeza desde que vivimos allí, así que decidí volver a la hora del cierre para coger el ramo y regalárselo a Margarita. Nadie iba a echarlo en falta y el difunto, de todas formas, tendría uno nuevo la semana siguiente. Un robo de poca importancia, casi inocente, y sin embargo... Resumiendo: poco antes de cerrar, me dirigí a la tumba y me hice con el ramo. Cometí el error de presuponer que a esas horas ya no habría un alma rondando por el cementerio y no me aseguré de que no hubiera nadie husmeando. Un error de cálculo fatal, sí: al incorporarme me di de bruces con la anciana, que se puso como un basilisco. No entiendo una reacción tan extrema, la verdad. Como le decía, era un robo de lo más inocente, casi comprensible en mi situación y...

No trato de justificarme, simplemente... Bueno, qué más da ya. El caso es que aquella mujer, salida de no sé dónde para no sé qué, después de unos segundos de perplejidad, se puso como una verdadera furia y, sin decir esta boca es mía, se abalanzó sobre mí para intentar arrebatarme el ramo. Yo me quedé totalmente desconcertado; creo que forcejeé con ella por puro instinto. De haber sabido el valor sentimental que tenía para ella, yo no... Ni siquiera recuerdo con exactitud lo que sucedió, sólo que, en medio de la confusión y los gruñidos, ella cayó de espaldas sobre la tumba, con tan mala fortuna que... En fin, allí estaba: sobre un charco rojo que manaba de su cabeza, cada vez más grande, bañando de sangre

aquella gloriosa contribución a la salvaguarda de nuestra patria. Una escena casi poética, si lo piensa. ¿No le parece, teniente...? Ya veo: no es usted demasiado aficionado a la poesía...

Como puede imaginar, no resulta demasiado difícil deshacerse de un... cuerpo en un cementerio. Al principio me quedé petrificado, sin saber qué hacer. Lo primero que se me pasó por la cabeza fue que, ante todo, Margarita no debía saber nada de aquello. No podía disgustarla con un contratiempo de esa índole. Es un espíritu delicado, pero también un alma justa: jamás me lo perdonaría. De hecho, todo lo que le estoy contando no saldrá de estas cuatro paredes, ¿verdad? Mi esposa no tiene por qué enterarse. Al menos no así. No ahora...

Se lo agradezco, teniente. Como le estaba diciendo: no quería que Margarita sospechara y no se me ocurría ninguna excusa que justificara mi tardanza. Tampoco podía arriesgarme a que apareciera alguna otra persona y me pillara in fraganti. Sobre todo Berlioz, que suele..., solía hacer una ronda después de cerrar la verja. Y, en cualquier caso, no podía pensar con demasiada claridad. De hecho, tuve que sentarme un momento en el suelo para tomar aire y una decisión. Se me ocurrió que lo más adecuado sería el almacén.

El almacén donde guardo las herramientas. Sólo yo tengo la llave. O eso creía hasta ayer. Corrí hasta allí, agarré unas bolsas de basura, cinta aislante y unos trapos y volví para... encargarme de aquel asunto tan... engorroso. Envolví a la pobre señora... Disculpe, me resulta difícil recordararlo... Envolví a la pobre señora, limpié el charco de sangre como buenamente pude y arrastré el cuerpo hasta el almacén con la intención de...

¿Cómo?

No, no hay incineradora. Como seguramente sabe, se trata de un cementerio muy antiguo. Tuve que conformarme con ocultar el... bulto y esperar a la noche siguiente para deshacerme de él.

¿Después? Volví a casa. Ya le he dicho que no quería que mi esposa sospechara y...

Sí, me lavé la sangre... Sí. En el almacén. ¿De verdad son necesarios estos detalles tan truculentos?

Claro, claro: el expediente. Me lavé y volví a casa.

No, mi esposa no sospechó nada. Las flores fueron la coartada perfecta para explicar mi tardanza. Tuve que tirar uno de los crisantemos; todo tenía que encajar: no podía darle un ramo con un número par de flores, se habría dado cuenta de que había aprovechado alguno de una ocasión luctuosa. Ni se imagina la ilusión que le hicieron. Hasta se prendió unos cuantos crisantemos en la cabeza y...

Ah, por supuesto. Por supuesto. Ya le he comentado antes que no resulta difícil deshacerse de un cuerpo en un cementerio. Estaba claro que debía elegir una tumba que ya no se visitara, a la que nadie fuera a poner flores ni velas ni... Y tenía que ser un rincón que no frecuntaran los turistas, donde nadie se percatara de que se había removido la tierra. En definitiva: alguien olvidado por completo. Así que elegí la de Gógol, que, además, ya sabe, ha sido enterrado por partida doble, así que no cabía la posibilidad de que fueran a exhumarlo de nuevo para dios sabe qué invest...

¿Gógol? Un escritor del... Vaya, veo que no me equivoqué demasiado al escoger la tumba. Aunque luego todo saliera mal. Pero ¿cómo podía yo imaginar que...?

Esta vez ha sido usted el que se ha empeñado en que me fuera por las ramas, teniente. Aclárese y no me someta a una tensión innecesaria. Esto ya es lo suficientemente desagradable para mí y...

Pues eso: elegí el lugar que, en mi opinión, pasaría más desapercibido. Esperé a la noche siguiente. El cementerio cierra a las ocho y Margarita suele dormir como una bendita a eso de las nueve y media. Yo fingí leer hasta que concilió el sueño. Salí a hurtadillas, fui al almacén. Primero llevé el pico y la pala; comprobé que Berlioz no se hubiera demorado en su ronda. Regresé a buscar... el bulto. Yo... no soy precisamente un hércules, para trasladarlo tenía que ir arrastrándolo y, claro, estaba de espaldas a la tumba, y... Bueno, aún no me explico cómo pudo ocurrir, cómo... Por qué estaba allí ese hombre. Por qué, si el cementerio ya había cerrado. ¿Se habría extraviado, incapaz de encontrar la salida? ¿Habría saltado la verja? Qué se le había perdido allí, precisamente allí, precisamente aquel día. Sería periodista. O, peor aún, escritor, así que a saber qué demonios se le habría pasado por la cabeza. Uno nunca puede fiarse de los escr...

No, no llegué a hablar con él. Eso lo descubrí después, al comprobar lo que llevaba en la bolsa junto al pasaporte, argentino: nada más que cuadernos garabateados con una letra incomprensible, bolígrafos, una cámara y... una copia de los cuentos completos de Gógol en español. ¡En español! ¿Se imagina? El único admirador de Gógol sobre la faz de la tierra, y era argentino, y..., y tenía que estar allí, precisamente allí, precisamente aquel día...

No sabría describírselo con precisión. Todo sucedió tan rápido... Pero sí puedo decirle que no era ni muy alto ni muy fornido, porque cayó sin apenas oponer resistencia, como..., como un saco de patatas, apenas lo golpeé con la pala. ¿Qué otra cosa podía hacer?

¿Confiarle mi secreto? ¿Dejarlo marchar, cuando, por su mirada de terror, resultaba evidente que había comprendido lo que me traía entre manos? ¿Qué habría hecho usted en mi lugar, teniente?

Sí, una pregunta retórica sin sentido alguno. Ya sé que no estamos hablando de usted, sino *de mí. De mí.*

Un aspecto de lo más corriente: pelo y ojos oscuros, complexión media... Ya se lo he dicho, no me dio tiempo a fijarme, reaccioné casi sin pensar, como un atómata. Ni siquiera sé cómo atiné a darle en la frente, justo en el entrecejo. Por otra parte, ¿por qué me lo pregunta si ustedes ya han debido de...?

De acuerdo. Continúo. Imagínese mi situación: por si no tenía bastante con un... problema, ahora tenía que encargarme de otro igual de... engorroso. Y en aquella tumba no había hueco para un tercer... inquilino. Así que decidí establecer un orden de prioridades. Supongo que ésas son las ventajas de haber sido educado en un liceo alemán y del servicio militar obligatorio: un carácter metódico y disciplinado que no te abandona ni en los momentos más críticos. La anciana empezaría a descomponerse pronto: el olor a putrefacción podía delatarme, *ergo* debía ser enterrada en primer lugar. Respecto al periodista, o escritor, o lo que diantres fuera... En fin, repetí el mismo método del día anterior con la anciana. No hace falta que entre en detalles, ¿verdad, teniente? Es tan... perturbador. Pero hay algo curioso: la segunda vez resultó más fácil, casi un asunto rutinario, como si no se tratara más que de un saco de hojas rastrilladas o de basura...

¿Cómo que dónde? Si no lo he enterrado...

¡Porque no me dio tiempo! No me diga que con todo el asunto de Berlioz no se han molestado en registrar el almacén...

Ya, ya. Ya me quedó claro, meridianamente claro al principio: no se cuestionan los procedimientos policiales. Por más que sean una chap...

Todo. Berlioz tiene *todo* que ver con lo que le estoy contando. ¿No lo entiende? Ayer por la noche, cuando mi esposa concilió el sueño, corrí de nuevo al almacén para resolver el último... contratiempo. Cuando llegué, la puerta estaba abierta. Creía que yo era el único que tenía llave, pero..., pero... Allí estaba Berlioz, inclinado sobre las bolsas de basura, agarrando dos botellas de vodka por el cuello con su manaza izquierda y despegando la cinta aislante del... bulto. Luego comprendí que se había hecho con una copia de la llave y que utiliza..., utilizaba el almacén para sus propios fines: como bodega del vodka que destila clandestinamente. Ya sabe: antes era de los suyos, así que tiene contactos que hacen la vista gorda y...

El resto es todo muy confuso. Muy confuso. Recuerdo haber visto la mano derecha de Berlioz intentando desenfundar su arma. Recuerdo haber visto el arma caer al suelo. Recuerdo el estrépito del metal al golpear el cemento. Recuerdo la mirada incrédula de Berlioz. No, no era incredulidad. ¿Sorpresa? ¿Miedo? No sé. Recuerdo tener una hacha entre mis manos, pero no cómo llegó hasta allí. Recuerdo correr entre las sepulturas persiguiendo a Berlioz. Berlioz. Berlioz. Brincaba sobre las tumbas sin soltar aquellas dos botellas. Recuerdo que, en mitad de la carrera, me pareció un detalle gracioso. Recuerdo que un murciélago se estampó contra mi brazo. Recuerdo que Berlioz saltó la verja con una agilidad de la que creía incapaz a un hombre de su volumen. Recuerdo que se giró para comprobar si me había dejado

atrás. Y recuerdo el sonido que hizo su cuerpo al ser atropellado por el tranvía que no vio llegar. Y recuerdo el sonido que hizo su cabeza al rebotar en el suelo y chocar contra el muro del cementerio. Un sonido sordo, como el de la anciana al caer sobre la lápida, como el de la pala al golpear la frente del escritor, como un saco de patatas: pof, pof, pof... Un desgraciado accidente, esto de Berlioz...

Mientras el sargento Ponyriov vomitaba la visión de su primer muerto contra la acera, sobre unos cristales rotos, entre la tartana soviética que denominaban coche patrulla y una farola, apenas llegó a atisbar al teniente Beguemot saliendo del cementerio, estrujando una bolsa de pruebas en la mano izquierda y, bajo la axila derecha, una muñeca hinchable medio desfallecida, con cuatro crisantemos amarillos, secos, adornando su lánguida cabeza. Apenas unas botas con las suelas desgastadas. Apenas una estela negra y amarilla. Apenas unas palabras que se filtraron entre sus arcadas con tono más burlón que recriminatorio:

—No me jodas la inspección ocular, Ponyriov. No me jodas.

EL VATICIDA

Tras interrogar pormenorizadamente al presunto culpable, el inspector Asenso estuvo tentado de rubricar la declaración del que hasta aquel momento había considerado un mero lunático.

«Alguien tenía que poner fin a este asunto», dijo el detenido. Y añadió, sin más explicaciones: «No tienen derecho a ir por el mundo dando falsas esperanzas de que la vida pueda tener algún sentido».

LA REINA DE COPACABANA

«Voy a morir solo». Colgado de la verja, incapaz de desembarazarse del alambre de espino y dando patadas al perro que, entre gruñidos, tironeaba del bajo de su pantalón, aquella frase martilleaba la cabeza de Almeida. «Voy a morir aquí solo y no va a ser de un tiro, sino de un puto ataque al corazón. Y luego el puto chucho me va a arrancar los putos huevos de un puto mordisco. Joder. Joder. Voy a morir como el puto Micifuz». Micifuz era el gato de su madre, reconvertido en bola de pelo tras una castración: una bola de pelo cuya única actividad diaria era rodar de su cesto a su comedero y viceversa. La bola de pelo Micifuz rodaba absurdamente por su cabeza maullando «vas a morir solo» y él, con cada tirón del perro, se iba escurriendo por el interior de su jersey, enganchado al alambre. Por suerte, el encargado de vigilar el almacén era Gutiérrez, infiltrado ya hacía tiempo en el cártel que estaban investigando. Contuvo al perro, desenganchó al inspector Almeida y, más tarde, dio el cambiazo a las grabaciones de la cámara de vigilancia la noche que Jorge Almeida terminó en urgencias con lo que resultó ser una angina de pecho.

La puta frase, el puto Micifuz y un puto baipás lograron que Almeida dejara narcóticos y pidiera el traslado a homicidios: si podía elegir, prefería no ser el muerto. Además lograron que dejara el Ducados Rolling. De momento, la única alternativa al tabaco que había encontrado efectiva eran los chupa chups. Había probado con parches de nicotina, cigarrillos de mentol, chicles y hasta palulú, pero por el motivo que fuera lo único que le aliviaba la ansiedad eran aquellos caramelos, con su palitroque y su envoltorio de celofán, que deslizaba entre sus dedos cuando se crispaba como si fuera papel de fumar. Aunque sabía que su nueva afición traería cola en comisaría, había albergado la esperanza de que su calvicie propiciara el sobrenombre de *Kojak* y que ahí quedara todo. No había previsto que

Renjel, con su cursillo de inglés del sindicato, pudiera ponerse creativo y salir con algo más cosmopolita: *Lollipop*. Cuando estaba ingenioso de más incluso silbaba aquella cancioncilla machacona, dando golpecitos sobre el volante del coche al compás, hasta que Almeida perdía la paciencia.

—Haz el favor de no tocarme los huevos, Renjel. Y gira a la izquierda, que la siguiente calle es de dirección única.

Jorge Almeida conocía bien el camino a la calle de la Luna, al club La Reina de Copacabana: durante su época de patrullero había tenido que visitarlo y clausurarlo en varias ocasiones, debido a repetidas denuncias por escándalo público. Tan sólo esperaba que esta vez no fuera como la última, cuando tuvo que correr Gran Vía abajo detrás de una de las detenidas, que finalmente, al verse acorralada, le dio de propina un punto de sutura en la ceja, empleando como arma arrojadiza un zapato de plataforma del cuarenta y cuatro. Su amor propio de novato recién salido de la academia quedó también magullado. El dolor de ego sólo remitió un poco al enterarse de que la detenida había sido plusmarquista y campeón de Cuba de heptatlón. Masculino. Al parecer, al Partido le daba igual que tuviera debilidad por las medias de seda mientras no las sacara de casa y ganara medallas, pero no vio con buenos ojos que durante el Gran Premio de Atletismo de la Diputación de Salamanca confraternizara con un lanzador de disco, por mucho que fuera de la República Democrática Alemana: había ciertas formas en las que los hijos del proletariado no debían unirse.

Entre las detenidas de La Reina de Copacabana abundaban casos similares: ingenieros cubanos temerosos de ser rehabilitados si volvían a la isla, maestros colombianos que habían viajado a España como mulas de narcotraficantes... Fuera cual fuera su profesión en su país

de origen, en La Reina eran lo más selecto del transformismo tropical. El local llevaba a gala sus estrictos criterios de autenticidad: una Lupe de Soria, por profesional que fuera, no dejaba de ser una Lupe de Soria, y jamás pisaría aquel escenario.

—¿A quién crees que tendremos que detener hoy: a Celia Cruz o a Carmen Miranda?

—Al embocar por la calle de la Luna, Fernando Renjel apuró su cigarrillo, entreabrió la ventanilla y arrojó la colilla, que se perdió en la oscuridad dejando una estela anaranjada.

—Tú sabrás cuál es tu fantasía más salvaje —respondió Almeida con la mirada perdida en los carteles de neón de los clubes, y trasladó el chupa chups del carrillo derecho al carrillo izquierdo.

—No se puede ser más gilipollas. —Renjel, en venganza, comenzó a tararear *Lollipop* una vez más.

Almeida jamás entendió por qué detenían a las artistas de La Reina por escándalo público, cuando aquellos niñatos del Penta, unas cuantas calles más arriba, con toda su movida y su glutamato ye-ye, montaban diez veces más escándalo y se metían mil veces más jaco. De todos modos, a estas alturas las reinas —como se empeñaban en que las llamaran— ya no escandalizaban a nadie: los inspectores Almeida y Renjel estaban allí por una razón distinta.

Cuando llegaron al club, la unidad de policía científica ya andaba hurgando en los contenedores de basura de la entrada, bajo la mirada no demasiado atenta de varias profesionales que hacían la calle en las inmediaciones.

—¿Va para largo? —preguntó una de ellas, fastidiada por el guirigay que le espantaba a la clientela.

—Ni idea, princesa —respondió Renjel a aquella melena cardada y aquella boca de carmín inverosímil que, ruidosa, mascaba chicle. El golpe seco de la puerta del coche al cerrarse dio por terminada la conversación.

Almeida lanzó el chupa chups a la papelera y, al pasar bajo la cinta azul y blanca, saludó con un rápido movimiento de cabeza al patrullero que vigilaba la línea policial. La Reina de Copacabana no había cambiado demasiado en los últimos quince años: la misma barra acristalada, los mismos asientos de símil piel deslustrada rodeando el exiguo escenario, la misma esfera de cristal coronándolo y titilando en la penumbra, las mismas cortinas de lentejuelas en los reservados, la misma parafernalia tropical de piñas, sombrillas, palmeras y cacaúas, La Lupe atronando por los altavoces con su «ay yiyiyi, se ha formado ya el gran rumbón». Todo destellaba ahora bajo los *flashes* de la científica.

El policía que tomaba declaración en la barra a la camarera, descompuesta y con la peluca rubia platino entre las manos, les señaló uno de los reservados. Almeida no pudo evitar enderezarse la corbata y alisarse las arrugas de la americana resudada antes de descorrer la cortina: su imagen se sumó, multiplicada en los espejos que recubrían las paredes, a la de la nueva forense, acucillada sobre un cuerpo tendido en el suelo. Pese al insistente carraspeo de Almeida, la forense no se percató de su presencia, atareada como estaba sobre el cadáver. Tras unos segundos, Renjel miró desconcertado a su compañero, que seguía carraspeando, y preguntó directamente a la doctora:

—¿Qué tenemos?

—Renjel, los guantes. Aquí ya hay huellas de sobra —respondió la forense sin girarse.

—Eso, Carmen: haciendo amigos.

—Para ti, doctora Rialto. Menos cháchara y más guantes, que nos conocemos.

—¿Qué tenemos? —repitió como un eco Almeida mientras ambos policías obedecían a la forense.

—A La Estrella. —Carmen se enderezó y se volvió hacia ellos, dejando a la vista el cuerpo de una de las reinas, hasta entonces fragmentado en los espejos. Despatarrada en una postura grotesca, el vestido de lamé dorado remangado sobre unas piernas musculosas, un enganchón en las medias, la peluca cobriza a un par de centímetros de su cabeza, ladeada, dejando al descubierto la redecilla que cubría el pelo castaño, los ojos abiertos de par en par, la pestaña postiza del ojo derecho desprendida, la boca entreabierta, emborronada de lápiz de labios. Almeida pensó que aquélla era la cara de estupefacción del que tropieza y cae. «Sólo que esta vez ya no va a poder ponerse en pie».

—¿La estrella del local? —preguntó Renjel.

—No. La Estrella es..., era el nombre artístico de Héctor Saldivia, venezolano. Ésa es toda la información que tienen en el club. O eso dicen...

—Ya veremos qué más le sacamos a las reinas y qué saben de él en Inmigración. — Almeida anotó rápidamente los datos mientras esquivaba a los técnicos que entraban y salían—. ¿Alguna idea?

—Ni sangre, ni signos de violencia ni de lucha. Tampoco parece una sobredosis, pero habrá que hacer un análisis toxicológico: mira las ingles. —La forense levantó un poco el bajo del vestido y señaló unas marcas, algunas rojizas, otras amoratadas, a través de los agujeros de las medias de rejilla—. Consumidor habitual, no ocasional, desde luego. Tiene el cuello roto, pero de momento no puedo saber si ésta es la causa de la muerte.

—¿Sexo acrobático sin final feliz? —propuso Renjel.

—Quién sabe. Comprueba por ahí si entró acompañado o si vieron salir a alguien. Y busca a quien lo encontró. —Almeida se guardó la libreta y el parker en el bolsillo de la pechera.

Renjel resopló y desapareció tras las lantejuelas.

—Creo que no nos van a faltar sospechosos. —La doctora echó una mirada a la mesa repleta de vasos—. No parece que hayan limpiado el reservado desde que abrieron... —Y observando la tapicería de terciopelo del sofá, cubierta de manchas y quemaduras de cigarrillos, añadió sonriendo—: Y no me refiero a esta noche, sino al año en que abrieron.

—La Reina es toda una institución en la zona: debe de hacer unos veinticinco años. Menudo regalo de aniversario —sonrió a su vez Almeida mientras sujetaba la cortina y cedía el paso a la forense—. No está mal como estreno, ¿no? Tanto quejarte de que la ciudad está muerta en agosto...

—Habría preferido un muerto menos reservado. —Carmen guardó la grabadora en el bolso—. Tal vez mañana por la tarde pueda decirte algo más concreto... Deberías

acostumbrarte a cerrar mejor el boli —dijo la doctora, medio rascando con la uña de su índice la mancha de tinta reseca en una esquina del bolsillo de la americana del policía.

—¿Otra vez? —Jorge Almeida inclinó la cabeza y, pegando el mentón contra el pecho, estiró hacia delante la pechera de la chaqueta para observar mejor el manchurrón—. No sé cómo...

Renjel se asomó tras otras cortinas de lentejuelas, hizo señas con el brazo a su compañero y gritó:

—Almeida, aquí hay una tal Trini que dice que no habla con otro que no sea *Lollipop*.

—Muy gracioso.

—No estoy de coña.

—No me jodas... —dijo entre dientes, dejando atrás a la forense con un apresurado hasta mañana. Se dirigió hacia el reservado. Si el mote había trascendido a la comisaría, estaba perdido. En cualquier caso, tenía que librarse de Renjel para evitar males mayores—: Para no estar de coña, te ríes mucho. Ve a ver si los de científica han encontrado algo afuera.

—Pero hombre, Jorge...

—Si no quieres ayudar con las alcantarillas, te vas a tomar declaración a Carmen Miranda, que está ahí solita en un rincón y te veo con ganas.

Fernando Renjel se fue chistando y con el gesto torcido. Almeida entró en el reservado, idéntico al anterior exceptuando la imagen que se reflejaba y multiplicaba en los

espejos: aquella figura oronda repantingada sobre el terciopelo debía de ser la verdadera reina de Copacabana.

—Os he llamado yo —dijo con voz grave y autoritaria.

El inspector tardó unos instantes en reconocer en aquel contexto, bajo el moño, el maquillaje y la seda negra del corsé, al dueño de aquella voz que tan familiar le resultaba. Perplejo, tan sólo fue capaz de preguntar:

—¿Trini, jefe?

—Cada cual tiene sus aficiones. Tú deberías saberlo mejor que nadie, *Lollipop*.

APÓCRIFO

Mientras agonizaba, Casiano de Imola no encomendó su alma a Dios: maldijo al apóstata y los miles de veces que había repetido a sus alumnos que el estilo no debía estar ocioso. Mientras su cuerpo se deshacía sobre el empedrado como la cera de las tablillas con las que sus alumnos lo habían descalabrado y que ahora, en mil pedazos, lo rodeaban, mientras su carne, hecha palabra, se desangraba en cursiva, mientras lamentaba que ninguno de ellos hubiera atinado a hincar su estilo en herida mortal, se repitió: «Esos mocosos jamás tuvieron buen pulso».

LA INTRUSA

Corpus no soporta las escenas dramáticas, de modo que decide citar a *Ánima* en un lugar público. La elección del local no es del todo arbitraria: su atmósfera industrial, el brillo cromado del mobiliario le confieren una dosis de impersonalidad y asepsia que Corpus cree imprescindible para tratar este tipo de asuntos. Ante todo sin patetismos, se dice Corpus.

Corpus entra en el bar, escudriña a su alrededor buscando a *Ánima*, toma asiento en una mesa libre junto al ventanal, mira el reloj, mira a través de la ventana, vuelve a mirar el reloj. Un camarero impolutamente neutro se acerca a la mesa y con una sonrisa de impostada naturalidad se dirige a Corpus.

—Todavía no, gracias. Estoy esperando a alguien.

El camarero se retira, se parapeta tras la barra. Su silueta se funde a la perfección con el gris de la pared hasta casi desaparecer: su sonrisa inmaculada y sus manos parecen flotar por encima de la barra mientras sirve a los pocos clientes, solitarios y cabizbajos, que rumian reclinados sobre ella. Corpus juguetea con una servilleta de papel, se impacienta. Su gesto se relaja cuando al fin ve entrar por la puerta a *Ánima*.

Ánima se aproxima a la mesa. Como de costumbre, se ha vestido exactamente igual que Corpus: ella siempre sabe qué, cómo y cuándo. Se queda de pie frente a él, sus manos agarrando crispadas el respaldo de la silla que queda libre.

—Me alegra que te hayas decidido —se esfuerza por empatizar Corpus.

Ánima, con cara de circunstancias, fuerza una sonrisa tan tensa como sus nudillos.

—No estaba seguro de que fueras a acudir —Corpus desbroza el silencio.

Ánima traga saliva, se sienta despacio frente a Corpus, que, de repente, bordeando peligrosamente el arrepentimiento, se siente en la obligación de poner excusas.

—Comprenderás que no podíamos posponerlo.

—En eso tienes toda la razón: hace tiempo que me debes un par de explicaciones —le espeta Ánima en una explosión controlada.

Corpus titubea, busca las palabras, ejercita la paciencia.

—Intenté hacerte entender por medios más sutiles. Siempre resulta difícil enfrentarse a un intruso que te impone su presencia.

—¿Impone? —Ánima echa mano del sarcasmo para camuflar la decepción que asoma en sus palabras—. Vaya, creí que éramos un equipo. Creí que teníamos... algo. No sé. Una relación.

Aunque ha imaginado y ensayado ese momento decenas de veces, Corpus se ve ahora incapaz de reaccionar: queda mudo, con la boca medio abierta como a punto de decir algo, la respiración contenida, el rostro desencajado.

—No me mires así —Ánima, revolviéndose en su asiento, se encarga de poner fin al estupor de Corpus con vehemencia—. ¿Acaso estoy diciendo alguna estupidez?

—No... —claudica Corpus al darse cuenta de que es imposible razonar—. Supongo que no. Es sólo que tienes un concepto curioso de lo que es trabajo en equipo, de lo que es una

relación. —Despide con un ademán a la silueta gris del camarero, que, entretanto, ha vuelto a acercarse a la mesa—. No, gracias. No tomaré nada. Por ahora no.

—Nunca entenderé esos escrúpulos tuyos. —Ánima, algo más dueña de sí misma, detiene al camarero, a punto ya de mimetizarse de nuevo con la pared—. Para mí un *gin-tonic*. Y sea generoso con la ginebra.

—Cómo no... —comenta casi para sus adentros, casi resignado, casi derrotado Corpus mientras se observa las manos, que, entrelazadas, parecen refrenarse mutuamente.

—¿Alguna objeción? —Ánima, ladeada en su asiento, con un brazo apoyado en el respaldo de la silla, hace gala de una inesperada desenvoltura.

—Aunque la tuviera no me harías el más mínimo caso. —Corpus vuelve a jugar con la servilleta de papel: su mirada se concentra en ella para evitar la de Ánima—. Estos últimos años no han sido más que una larga lista de objeciones que has ignorado por completo.

—Me gustaría puntualizar que eran totalmente desmesuradas...

Corpus suelta de golpe la servilleta, hecha un gurrño, que cae amortiguada sobre la mesa, a modo de inútil protesta. Vuelve la cara hacia el ventanal: se impone cierto interés en los transeúntes, deja que lo anestesia el trajín del tráfico. Ante todo sin patetismos, se repite mentalmente Corpus. Un claxon lo devuelve a la parrafada incansable de la intrusa.

—... Lo que oyes: desmesuradas. No es para tanto. Gracias —se dirige ella al camarero, que regresa con el *gin-tonic*, para, de inmediato, retomar con sorna la ofensiva contra Corpus—: Tienes cierta propensión al alarmismo, reconócelo.

La luz del sol, a través del ventanal, deslumbra a Corpus, que, desenfocado, encuentra el aplomo para acabar lo que ha venido a hacer. Sin patetismos.

—Eso ahora ya da igual, porque esto se ha acabado.

—¿Cómo? —Ánima sonríe, incrédula o demasiado confiada en su capacidad de persuasión.

—Que se ha acabado —repite, impertérrito, Corpus.

—¿Cómo te atreves...? —Ánima no da crédito. Todo su desparpajo se esfuma con la misma rapidez con la que el camarero se escabulle de la mesa y de la escena, en las antípodas de su estudiado desapasionamiento. Se endereza y, envarada, mira a Corpus, no tan desafiante como estupefacta.

—No es una amenaza. Es un hecho. Me voy. —Corpus hace amago de levantarse.

—Pero... —Ánima alarga una mano hacia Corpus para detenerlo. Él se detiene a medio camino, duda, finalmente se yergue.

—Han sido demasiados años dando cabida a pensamientos que no son míos, a vicios que no son míos, a neurosis que no son mías.

—¿Que no son tuyos? —Ánima no comprende o no quiere comprender—. Vuelvo a recordarte que somos un equipo.

—Vuelvo a recordarte que no eres más que una intrusa. Vuelvo a recordarte que no soy más que carne, y hueso, y sangre, y...

—... Y polvo. Polvo eres y en polvo te convertirás —Ánima lo interrumpe y, entre irónica y desesperada, recita con cierta teatralidad—: Polvo serás, mas polvo enamorado...

—Te agradezco el interludio barroco —acostumbrado a los devaneos de Ánima, Corpus sabe que debe atajar la situación de inmediato—: Vuelvo a recordarte que...

—... Que se ha acabado —Ánima lo interrumpe otra vez, la mirada fija en el *gin-tonic* aún intacto, para acabar la frase.

—Eso es. Vuelvo a recordarte que...

—... Que te vas —Ánima lo interrumpe de nuevo, esta vez su mirada, casi suplicante, clavada en Corpus, que asiente.

—Eso es. Vuelvo a recordarte que me voy.

Ánima asiente a su vez, la mirada perdida.

—Es lo que he estado intentando decirte todo este tiempo, aunque jamás me hayas escuchado. —Corpus deja caer sus brazos sobre el costado, como dos alas rotas.

—No lograba reunir el valor para hacerlo —reconoce al fin Ánima.

—Lo sé. Por eso concerté esta cita.

—Ineludible.

Ambos permanecen en silencio. A punto de marcharse, a Corpus lo sorprende de nuevo una punzada de arrepentimiento, o de culpabilidad, o de compasión, o de nostalgia, o de dolor indefinido, como de un miembro fantasma, y se gira de nuevo.

—No te lo tomes como si me hubiera dado por vencido. —Corpus hace una pausa, se queda pensativo—. O tal vez sí. No sé. —Menea la cabeza desconcertado—. Ahora debo irme.

—Polvo eres... —Balbucea *Ánima* mientras *Corpus* sale por la puerta. Sin patetismos.

LA PANACEA

Míralos. Mira cómo huyen. El esposo rehusa el abrazo de la esposa, la madre abandona a sus hijos, el hermano hace oídos sordos a los ruegos de la hermana. Mira las fosas comunes desbordadas, los montones de cuerpos descomponiéndose en las calles, las vestiduras rasgadas por los perros que hunden sus hocicos en la carne, los miembros mordisqueados por los cerdos. Escúchalos. Escucha a los apestados suplicando luz, agua, extremaunción, muerte, el eco de su voz resonando en las casas vacías. Escucha el llanto de los moribundos, escarbando con sus propias manos en el camposanto, a falta de sepulturero.

Míralos, clausurando puertas, mascando mirra, bañándose en vinagre, untándose las narices de alcanfor, quemando arrayán y almizcle, embadurnándose de triaca y benjuí, aferrándose al bezoar y al amuleto. *Pestilentia lenit pietas*. Míralos, penitentes, flagelantes, danzamaniacos, conjurando la ira de dios sobre la raza humana. Míralos, apedreando al extranjero, quemando al judío, exterminando al que con su presencia emponzoña el agua, al que con sus miasmas contamina el aire, mientras los asedian las ratas.

Míralos, buscando nuevas señales del juicio final en el cielo. Dicen que lo precederá un terremoto, o un cometa, o un singular resplandor de Bedalgeuze, la estrella cruel. Que los pájaros, contra su costumbre, revolotean inquietos por las noches, llevando con ellos la epidemia. Que una plaga de langosta azota el litoral. Que una tupida lluvia de serpientes y sapos ha envenenado Catay. Que la conjunción de Marte, Saturno y Júpiter ha enrarecido el aire hasta volverlo putrefacto. Abismados en el firmamento, olvidan espulgar sus jubones.

Entretanto, nosotras les inoculamos la cura para la teodicea. He aquí las puertas del infierno. El pasado os ha devorado, el presente desgarrá vuestras entrañas y al futuro sólo

sobrevivirán los que entiendan nuestra buena nueva: el pecado y la divinidad están en el ojo ciego del gusano.

CUARESMA

Plaisance, Nueva Francia, miércoles de ceniza, 1648

Muy señora mía y amiga,

La paz de Cristo sea siempre con Vuestra merced.

No he recibido todavía respuesta de V. m., y no acabo de convencerme de que no me haya escrito. Su silencio me turba tanto más habida cuenta de que fue V. m., a través de su esposo, quien me requirió en un principio. He de reconocer que si accedí a su petición no fue, en propiedad, por la caridad cristiana y el servicio a las almas que obliga a los hermanos de la Compañía: no buscaba entonces más que encontrar cierto solaz en el tiempo que me restaba para marchar a la misión y contentar al Reverendo Padre Brebeuf, que no dejaba de recordarme el beneficio que podría reportarnos complacer al mercader de saín más adinerado de Nueva Francia. Aún no entendía por qué aquel hombre solicitaba para su esposa la instrucción de la que él carecía, ni qué bien podía hacer a una salvaje conocer más de lo necesario para su conversión, ni siquiera si tendría las aptitudes necesarias para las ciencias y el conocimiento sublimes. Entonces consideré aquella petición un extravío más de los cientos que había oído contar acerca del ballenero vasco que tomó por esposa a la hija del jefe suroqués.

Le ruego que disculpe la rudeza de estas últimas líneas y que la considere signo de la sinceridad que siempre ha guiado mis palabras y mis actos, puesto que V. m. parece ponerla ahora en duda. Así discurría yo entonces, y bien sabe cuán presto cambié de parecer apenas tuve trato con V. m. Pronto comprendí que la fiereza de amazona con que pintaban su penetrante mirada las habladorías no era tal, sino la agudeza de una sagaz observadora, y que

su parquedad de palabras no se debía, como decían las malas lenguas, a que sólo supiera hablar el rudimentario *patois* que utilizan las tribus locales para comunicarse con los vascos, sino a su mesura y modestia. Y entendí que no agujoneaban a su esposo veleidad ni vanidad y que era justo su empeño, y vi que es la mujer animal tan imperfecto como el hombre, y tan capaz como él de perfeccionar su alma y su intelecto con la tutela y la instrucción adecuadas.

Conque me dispuse a seguir el ejemplo de san Jerónimo, guía espiritual de santa Paula y santa Marcela, sublimes ejemplos de virtud femenina, y jamás he lamentado mi decisión, pues nunca conocí alumno más sutil e industrioso, y dudo que a nadie que haya conocido a V. m. le maraville el que mi afecto creciera parejo a mi admiración. ¡Qué dicha saber que eran correspondidos con su confianza cuando V. m. me confesó lo que tanto la atribulaba!

Había oído contar acerca de tal usanza a los que habían regresado del Japón y, por la relación del padre Jouveny, sabía que la tribu de la que V. m. procede acostumbra a grabarse la piel con huesos de pájaro o espinas de pescado afiladas, a modo de buril, mas nunca imaginé que... ¡Cómo aterrorizó a V. m. aquel versículo del Levítico! «Y no sajaréis vuestra carne por la muerte de nadie, ni imprimiréis en vosotros señal alguna. Yo, el Señor». ¿Será que no habéis comprendido aún que el Señor no puede tomar como ofensa la desobediencia de un precepto que se desconoce? ¡Qué desesperación la mía entonces al intentar disipar en vano la Vuestra!

Aún no sé cómo pudo suceder. Le ruego a V. m. que busque en su corazón la piedad y la clemencia que siempre la han distinguido. Cuando le agarré el brazo fue con la única intención de tranquilizarla, de explicarle que, según dicen, los peregrinos que regresan de Jerusalén se hacen grabar cruces semejantes como prueba de devoción. Y esa misma

devoción, al contemplar la cruz impresa sobre la piel de V. m., fue sin duda la que luego me arrastró. *Hoc est enim corpus meum*. El cuerpo de Cristo fundido en el de V. m.... Le ruego, una vez más, que me perdone. Devoción, sí. No me cabe duda: mi veneración por la virtud de V. m. y mi amor por Cristo.

En ese mismo amor quedo siempre de V. m. muy humilde servidor e indignísimo esclavo de Nuestro Señor,

Pierre de Lalande

GUÍA DE AVISTAMIENTO PARA TRADUCTORES

Nomen est numen. Quiso pensar que, de todos los balcones, había ido a escoger para morir el suyo por ser el único habitante del edificio que había oído hablar del gorrión de Lesbia, por ser el único que sabría apreciar el paralelismo. Al fin y al cabo, ambos pajarillos pertenecían al mismo orden: Passeriforme.

Nomen est numen. Phylloscopus collybita. En cualquier caso, había decidido redimir al pájaro del vulgar destino al que lo abocaba su denominación común: mosquitero. Se lo debía, puesto que, según indicaba su nombre, compartían la misma ocupación: mirar hojas.

Nomen est numen. Chiffchaff. Zilpzalp. Siff-saff. Phylloscopus collybita. Si hacía honor a su fama de cambiador de monedas, aquel montoncito de plumas verdosas no iba a necesitar su ayuda para convencer a Carón de que lo balseara a través del Aqueronte. Así que sus habilidades como traductor (*Übersetzer. Übersetzer. Übersetzer.*) no serían de gran utilidad en esa coyuntura.

Nomen est numen...?

LA ZONA

Los niños de la zona jugamos a muchas cosas. En primavera y verano corremos entre los álamos. Blanconegroblanconegroblanconegrogrisgrisgrisgris, los álamos son uno, y nosotros con los álamos, y nosotros con el viento, hasta el río. Arrancamos trozos de corteza de los álamos y fabricamos barcos, y los colocamos en la corriente, a ver quién llega primero al remanso. A veces Dima hace de *vodianói*, y se cubre la cabeza de algas, y se pone una barba de hierba, como si fuera el abuelo que vive en el agua, y gruñe, y grita, y remueve el agua con sus bracitos cortos y casi sin manos, casi sin dedos, y marea los barcos de corteza hasta hacerlos naufragar.

Todo esto, los que podemos correr. Mi vecino Kesha tiene la cabeza demasiado grande, como las calabazas que cultiva su padre en el huerto, y cuando corre se le balancea de un lado a otro, y pierde el equilibrio, y se cae, y a mí me da miedo que su cabeza de calabaza explote contra el suelo, como cuando a su padre se le escurrió una y se rompió en mil pedazos, y llegaron los pájaros a comerse las pepitas que quedaron desparramadas. Yo no quiero que a Kesha se lo coman los pájaros, así que no le dejo correr. Las gemelas Lesia y Lena tienen pelo de ratón, y corazón de ratón, y pulmones de ratón, y cuando corren hacen como un ratón, ñiiiiñiiiiñiii, y se ahogan, así que al final no corren, y llevan a Kesha de la mano para que no tropiece, y llegan tarde, y sólo animan a los barcos desde la orilla, si Dima aún no los ha hundido.

En otoño, cuando hay niebla, jugamos al escondite. El aire es blanco y espeso como la leche, y el bosque es como la leche, y los ojos de Sveta son como la leche, y es Sveta la que mejor juega, porque está acostumbrada a ver con los oídos y con las manos, y escucha el

bosque, y escucha los pasos de calabaza de Kesha, y escucha el ñiiiiiiiñiiii de ratón de Lesia y Lena, y siempre nos encuentra a todos, y ríe con sus dientes de leche y sus ojos de leche.

A veces me canso de jugar así, y me marcho a casa, y lloro, y le pregunto a la abuela por qué los bracitos sin manos, y por qué la calabaza, y por qué el ñiiiiiiiñiiii, y por qué los ojos de leche. La abuela entonces me dice que los niños somos ángeles caídos del cielo, pero que algunos cayeron demasiado rápido, y no les dio tiempo a convertirse en personas del todo, y que en el cielo se tienen alas y no brazos, y que se respira un aire distinto, y que los ángeles no se ven sino que se sienten. Entonces le pregunto otra vez por qué la cabeza de calabaza, porque cada vez que lo pienso voy a la iglesia, y el pope me deja pasar y mirar los iconos de los ángeles, y es verdad que san Miguel y san Gabriel tienen una cabeza grande y dorada, pero no es de calabaza como la de Kesha. La abuela saca la lata de galletas, y saca el molde con forma de ángel, y me explica que cuando se hacen galletas algunas salen bien y otras regular, pero que ella las cubre todas igual de azúcar y las envuelve todas igual en celofán de colores, y me da una galleta, y a veces al ángel le falta un ala, o un trozo de cabeza, pero están igual de buenas, y cruje el papel de celofán al desenvolverlo, y cruje la galleta al morderla, y cruje el azúcar entre mis dientes. A veces también lloro porque no está mamá, y pregunto por qué, y la abuela dice entonces que aunque los niños somos ángeles caídos del cielo no nos alimentamos de aire, y que alguien tiene que mandar dinero, y me da otra galleta.

En invierno jugamos a hacer ángeles en la nieve. Al que más le gusta es a Kesha, que casi nunca se ríe, y sólo babea y dice umumum, pero cuando hacemos ángeles se ríe, y mueve los brazos, y mueve las piernas, y se le hunde la cabeza de calabaza en la almohada de nieve, y mira al cielo, y se ríe, y se ríe, y yo creo que se ríe porque la nieve es como las nubes y se

acuerda del cielo. Si alguno de nosotros está cansado, y ya no quiere jugar más, y llora, y llora, un día, y otro, y otro más, le ayudamos a volver al cielo. Entonces vamos al remanso, y el hielo cruje bajo nuestros pies, y cruje cuando se rompe, y cruje el niño en el agua al hacerse ángel cubierto de azúcar, ángel envuelto en celofán, bajo el hielo que cruje. Y cuando nos preguntan los mayores, a veces decimos que no sabemos, y otras que ha sido un accidente.

HONORIS CAUSA

Ante todo, que no se percate de que no tienes ni la más remota idea de lo que te está hablando. No te revuelvas en la silla, evita los chasquidos de la piel sintética: podrían resultar sospechosos. Nada de golpecitos con la estilográfica sobre la mesa. Y en ningún caso levantes la ceja derecha, como sueles hacer cuando te enervas. Jamás te habías dado cuenta del detalle, hasta que pillaste en el bar al cabronazo de Berrio imitándote, entre carcajadas de su séquito de lameculos. «Hombre, Socastro, hablando del rey de Roma...» Hijo de puta. Así que mucho cuidado con la ceja.

Lo has hecho ya un millón de veces, ésta no tendría por qué ser distinta. En congresos, en mesas redondas, en reuniones de departamento. Asientes con el ceño algo fruncido, como si estuvieras prestando atención, sueltas un «ahá», un «extraordinario» o un «me parece que he leído algo al respecto en la *Beiträge zur Geschichte der Sprachwissenschaft*», tomas notas, incluso sonrías con la magnanimidad propia de tu cargo.

Céntrate. Ni siquiera tienes por qué escuchar lo que está diciendo. Puedes contemplarla igual que contemplas los peces del acuario, abriendo y cerrando la boca, sus palabras como burbujas que se disuelven, su melena como algas, agitándose al ritmo del ventilador. El ventilador: está al máximo. ¿Por qué me sudan entonces las manos?

Céntrate. No escuches. No tienes más que sonreír y asentir. «Creo recordar que el profesor Hurgronje, de la universidad de Leiden...» Después asegúrale que revisarás y recomendarás su puñetero articulito, aunque no tengas la más mínima intención de hacerlo.

MANUAL PARA ACALLAR CIGARRAS

En el comienzo fue la risa. Aquella risa aguda, impropia de una mujer de su tamaño. «Vasta como las grandes praderas», pensó. Aunque tal vez estuviera exagerando: al fin y al cabo, la mirada de un entomólogo está entrenada para lo minúsculo y no habituada a las verdaderas dimensiones de la existencia.

Pero, como decía, en el comienzo fue la risa, aquella risa que manaba a borbotones de una mujer infinita. Infinita. No habría sabido decir si se refería a Ella o a aquel chirriante berbiquí de voz que se entreveraba en sus oídos con el canto infatigable de las cigarras. En cualquier caso, aquello fue lo que logró arrancarlo del estupor que lo invadía, inexorablemente, en cada una de sus expediciones al supermercado. Tras sucesivas visitas y largas cavilaciones, había llegado a la conclusión de que se trataba de una experiencia demasiado trepidante para él, vástago de una remota república socialista soviética: la multiplicidad de opciones resultaba agotadora para una mente más acostumbrada a la gris monotonía, por muchos años que hubieran pasado desde que estableciera su nicho ecológico en el seno del capitalismo. Tal vez de ahí, de la monotonía, su interés por la monocorde especie de los cicádidos.

En el comienzo, en fin, fue la risa la que disipó la nebulosa que le velaba los ojos. Aguzó la vista a través de los cristales de unas gafas que reclamaban a gritos el descanso eterno para localizar el origen de la carcajada tras la caja número tres. Después de la risa fue aquella mirada, húmeda y algo vacuna, que contenía todo el turbio verdor del lago Michigan, todos los Grandes Lagos, todos los lagos del planeta, Baikal incluido. Jamás habría imaginado que regresaría, ni siquiera surcando la memoria. Tanto menos surcando unos ojos.

La mujer reía en respuesta a las palabras de uno de sus compañeros, que parecía ir a darle el relevo en la caja. Lo sorprendió una súbita desazón al pensar que Ella podría desvanecerse, como cuando se esfuma un ejemplar de una especie poco común tan sólo unas milésimas de segundo antes de ir a atraparlo, como se esfuman las fronteras, los recuerdos y las certezas. Al ver que Ella abandonaba su puesto, una imprevista punzada de pánico lo espoleó a dejar huérfana su exigua cesta en la cola de la caja número cuatro para seguir los pasos de la Mujer Infinita, inesperadamente ligeros, que se encaminaban hacia la sección de ultracongelados.

Guardando una distancia prudencial, si es que alguna podía serlo en semejante situación, avanzó por los pasillos, deteniéndose apenas unos centímetros antes de alcanzar las cámaras refrigeradoras. Agazapado tras el estante de ofertas semanales y empleando como parapeto unas hileras de bolsas de patatas tamaño familiar, que tan desmesuradas le habían parecido siempre y cuyas ventajas empezaba a apreciar sólo en aquel momento, se enderezó las gafas y el cuello de la camisa, de luto permanente e injustificado, empapada de sudor. Incluso habría llegado a atusarse el pelo, si hubiera merecido la pena tomarse tantas molestias con los escasos cabellos que poblaban su cabeza.

La perplejidad ante su propio comportamiento y el ensordecedor coro de aquella colonia del género *Magiccicada*, que acababa de emerger de la tierra tras diecisiete años en estado larvario para completar su ciclo vital, no lograron acallar la tensión del instante. Únicamente había experimentado algo similar en los momentos previos al descubrimiento de un homóptero o un hemíptero, momentos que él identificaba como el sobrecogimiento de la revelación. Decidió asomarse, por fin, al pasillo de ultracongelados. Atisbó una única silueta al fondo: Ella, ensimismada, ponía precio a una remesa de cajas de lasaña con una rapidez y

habilidad en el manejo de la pistola etiquetadora que, dedujo, sólo podía ser producto de años de práctica pulverizando videojuegos. Calculó la distancia. Se secó el sudor de la cabeza con la manga izquierda de la camisa. Adelantó el pie derecho. Lo observó mientras tomaba una bocanada de aire. Concluyó que aquel calcetín bajo su sandalia resultaba absurdo, por negro que fuera. Midió sus pasos, esforzándose por que parecieran lo menos dubitativos y más despreocupados posible.

Es bastante probable que lo consiguiera pero, con la zozobra de lograrlo, había olvidado por completo planear lo que haría una vez hubiera llegado hasta la Mujer Infinita, de modo que, alcanzado su objetivo, se detuvo en seco y basculó sobre sus pies con la esperanza de que aquel leve movimiento oscilatorio trajera algo a su mente. La espera se reveló infructuosa y Ella, por su parte, no parecía advertir su presencia. A falta de una idea más brillante, decidió carraspear. Ella se giró esbozando una sonrisa automatizada y, con cierto aire corporativo, recitó mecánicamente y sin solución de continuidad:

—Hi! How are you doing? Did you find everything you were looking for today?

—Yeah, thanks —fue lo único que acertó a responder, sin que se le ocurriera ninguna otra excusa que justificara el hecho de que se quedara allí plantado.

Una sombra de desconcierto torció la sonrisa de la Mujer Infinita. Tras unos segundos de duda, Ella añadió:

—Is there anything else I can help you with today? —Las cejas de la Mujer Infinita se alzaron, tan interrogativas como el tono de la pregunta, que adquirió así dimensiones insospechadas para Ella.

Atravesaron su mente millones de respuestas que se agolparon, atropelladas, en su boca. Apenas atinó a balbucir:

—*No..., thanks...*

Se hizo el silencio. El desconcierto de la Mujer Infinita se metamorfoseó en temor, un temor que hizo titilar la húmeda turbiedad de sus ojos vacunos, del mismo modo que la amenaza de tormenta agita la superficie del lago Michigan hasta revolver el lodo acumulado en su fondo. Él permaneció inmóvil, mirándola fijamente. Mientras, afuera, arreciaban las cigarras salmodiando su mantra.

—*Have a nice one, then!* —resolvió Ella la situación con media sonrisa forzada, prima lejana de su aguda carcajada, para, a continuación, marcharse apresurada.

El frío proveniente de la cámara refrigeradora que Ella había olvidado abierta le estaba helando el sudor, pero no lo notó hasta unos instantes después, cuando sus pasos, aquellos pasos inesperadamente ligeros, se desvanecieron a su espalda sin que él se atreviera a girarse para contemplar cómo la Mujer Infinita se perdía en la distancia, tras las hiperbólicas bolsas de tamaño familiar.

Con el tiempo le resultaría imposible recordar cómo había salido del supermercado. Tan sólo sabía con certeza que, cuando lo hubo logrado, las cigarras habían enmudecido.

CACAO

La cafetera había sido la última y fallida tentativa de su madre por introducir algo de variedad en la monotonía de sus expectativas navideñas, en el consabido horizonte de calcetines y corbatas. La solemnidad y el ceremonioso ademán con que su madre le hizo entrega del regalo parecían delatar, además, que aquel electrodoméstico estaba dotado de una carga simbólica que a él se le escapaba pero que sospechaba pareja en importancia a la circuncisión o a un rito iniciático.

—Seguro que te viene bien, ahora que tienes que madrugar para ir a la oficina.

No se atrevió a aguarle la sonrisa, el esfuerzo, ni el orgullo teñido de alivio que le producía el primer y tardío trabajo de su hijo, así que prefirió callarse que, pese a su edad y a la rechifla de sus compañeros de piso, seguía desayunando el mismo candoroso vaso de leche con cacao que había desayunado desde su infancia. También prefirió callarse que no sólo se aferraba a esa costumbre como quien se aferra a un jersey viejo que ya debería haber tirado pero cuyo olor a pasado le reconforta, sino que se regodeaba en ella con galletas y con un deleite rayano en la obscenidad.

CAMBIO

Frente al espejo del baño, Rita Ferrara se alisa las bolsas bajo los ojos con el mismo cuidado con que cinco minutos antes ha estirado el edredón de su cama. Mientras se examina las raíces canas del pelo y se recuerda que también debe comprar tinte, no deja de convencerse de que, pese a todo, la que tuvo retuvo. Se ahueca el moldeado, sus pendientes centelleando con destellos de quiero y no puedo bajo el halógeno. Avanza por el pasillo limpiando con la manga de la bata, mustia y descolorida, las fotografías y recortes de periódico, igual de mustios y descoloridos, que cuelgan sobre el papel floreado de la pared: Rita Ferrara durante su concierto en Las Vegas, Rita Ferrara junto a Dean Martin y Rosemary Clooney, el disco de oro de Rita Ferrara, Rita Ferrara acompañada al piano por Renato Carosone en el Carnegie Hall.

Rita Ferrara esquiva a Gigi, que le mordisquee las zapatillas entre gruñidos, mientras canturrea *The Night They Invented Champagne*, en parte en honor al caniche, en parte para acallar los reproches que llegan desde el dormitorio de su madre nonagenaria. No te atreverás a dejar de nuevo sola a tu pobre madre inválida, Agata Margherita Ferrarini. No te atreverás, ingrata. Cómo puedes hacerle esto a la que te ha dedicado su vida entera, desgraciada. Rita Ferrara se repite que es Rita Ferrara, que la mojjigata Agata Margherita Ferrarini quedó hace años en el Harlem y que lo único que tiene que agradecerle a su misa diaria es haber cantado en el coro de la iglesia de Nuestra Señora del Monte Carmelo.

Rita Ferrara introduce una prótesis en la copa derecha del sostén, se coloca los pechos, el propio y el postizo, con un gesto enérgico y se dice que, al fin y al cabo, puede que sí le quede algo de Agata Margherita Ferrarini, especialmente de Agata. Y acaricia la estampita de

la santa que conserva en el cajón de la cómoda aunque se haya convencido de que a estas alturas ya no merece la pena creer en según que cosas. Rita Ferrara se recompone. En precario equilibrio e ignorando las costuras quejumbrosas y dadas de sí, se embute en un vestido de raso color carmín mientras maldice el momento en que olvidó la mayoría de los buenos propósitos para ese año, dieta incluida. Pinta sus labios a juego con habilidad y rapidez de corista acostumbrada al ajetreo entre número y número.

Rita Ferrara se calza unos tacones de aguja, coge su bolso y su visón al vuelo y a Gigi con ternura de madre putativa, y se dirige hacia la puerta de casa. Con la piel al hombro, el bolso bajo la axila derecha y el caniche bajo la izquierda, a punto de girar el pomo, un nudo en el estómago le recuerda que ha olvidado algo, pero decide que, de todos sus buenos propósitos para ese año, no volver a empezar la mañana con un trago de *bourbon* es uno de los pocos que merece la pena respetar. Especialmente después del bochorno de hace un par de meses. Su documentación, por favor. Saque también las gafas de la guantera. Va a tener que acompañarme a comisaría. Una abolladura es lo menos grave que podía haberle pasado. Rita Ferrara insiste en que ella es Rita Ferrara. Una señora de su edad no debería conducir, y con más razón si se empeña en no usar las gafas y se ameniza el viaje con una petaca. Puede meterse sus opiniones por donde le quepan, agente.

Rita Ferrara sale por la puerta meneando la cabeza para diluir el sofoco, ya que hoy no va a poder ahogarlo en *bourbon*, y conteniendo como puede a Gigi, que se revuelve y ladra impaciente. Lanza el visón a la parte trasera de su Eldorado blanco, que, con la abolladura y sin uno de sus faros, le guiña y le hace una mueca. El caniche, de un salto artrítico y no demasiado grácil, se apodera del asiento del copiloto. Entre jadeos observa cómo Rita Ferrara se coloca al volante y arranca a trompicones el cadillac. Sin gafas, por supuesto, pero con su

gran y único éxito tronando en el radiocasete. *Hey, mambo, no more a mozzarella. Hey, mambo, don't wanna tarantella.* A la mierda, Donna Summer. ¿Quién dijo que el mambo está pasado de moda? Gigi asoma su hocico tras el parabrisas y lo apoya sobre el retrovisor. Con los ojos entornados por el viento, suelta ladridos agudos y desacompañados a lo que él entiende que es el ritmo de la música. Rita Ferrara premia su entusiasmo con unas palmaditas en el lomo.

Como casi todas las mañanas desde hace un mes, Rita Ferrara atraviesa Hollywood y conduce hacia la Pequeña Armenia. Encontrar una lavandería en la que todavía no haya estado no es tarea fácil, sobre todo sin gafas y fuera de los bulevares principales, pero no recuerda haber pisado nunca Safarian, con su cartel azul celeste repleto de burbujas de neón y sus lavadoras brillando a través del ventanal. Rita Ferrara considera que es tan buena opción como cualquier otra, si no mejor, flanqueada por un supermercado y una tienda de mascotas, así que aparca frente a la entrada. En el espacio reservado para minusválidos, porque Rita Ferrara, según en qué momento y para qué cosas, asume ser una señora de cierta edad y con dificultades para caminar.

Rita Ferrara deja a Gigi en el coche. Con la lengua fuera, colgando ladeada, el perro observa el visón pendulando sobre el trasero carmesí de su dueña al atravesar el aparcamiento. Antes de entrar a la lavandería, Rita Ferrara se cerciora de que no haya demasiados clientes que puedan percatarse de su presencia. Empuja entonces la puerta, busca la máquina de cambio y comprueba que esté en un lugar discreto. Acerca una silla a la máquina. Se sienta. Rita Ferrara respira hondo. Rita Ferrara respira hasta que su corazón late al compás de las secadoras. Rita Ferrara saca un billete de veinte dólares del bolso y lo introduce en la máquina. Mientras la boca cromada escupe monedas con estrépito, Rita

Ferrara, con los ojos cerrados, resuella y clava las uñas en su bolso. Rita Ferrara recoge apresuradamente el cambio y vuelve a alimentar la máquina con otro billete de veinte. Y otro. Y otro. Y otro más. Hasta que su corazón late a muchas más pulsaciones que las revoluciones de las secadoras y ni él ni su bolso dan más de sí.

Rita Ferrara se sobrepone al vértigo y sale de la lavandería Safarian con toda la serenidad que es capaz de impostar, medio arrastrando el visón y comprimiendo el bolso contra su pecho con las dos manos. Recuerda nebulosamente el supermercado y la tienda de mascotas pero, incapaz de concluir dónde está qué, se debate entre su izquierda y su derecha durante un instante para acabar irrumpiendo, sin saber bien cómo, en la tienda para mascotas. Rita Ferrara elige y paga precipitadamente cuatro sacos de veinte libras de pienso para perros. Mini senior, si es tan amable. ¿Cheque o efectivo? Efectivo. Rita Ferrara vacía su bolso sobre el mostrador. Rita Ferrara evita la mirada hostil de la cajera, que recuenta monedas, e indica al mozo el coche en el que debe cargar los sacos.

Cuando el mozo, entre gañidos y ladridos eufóricos de Gigi, coloca el último saco en la parte trasera del descapotable magullado, Rita Ferrara rebaña un puñado más de monedas de su bolso y se lo entrega a modo de propina. Resoplando, Rita Ferrara se deja caer sobre el asiento. Intenta apaciguar al perro. Intenta apaciguarse a sí misma. De nuevo, respira hondo. Ha vuelto a olvidarse del tinte. Enciende el radiocasete. *E lo che se dice you get happy in the feets, when you mambo i-ta-li-aaa-nooo.* Rita Ferrara decide que puede hacer una excepción. Rita Ferrara abre la guantera y saca la petaca. Rita Ferrara empina el codo y sí, qué estás mirando, grandísima zorra, estás viendo a una vieja echarse un lingotazo. No te escandalices tanto y métete en tus asuntos. Rita Ferrara se dice que se merece un *bourbon*, porque después

de todo está consiguiendo cumplir al menos uno de sus buenos propósitos: no fundirse una vez más la pensión de su madre en el casino.

ENVASES E INORGÁNICOS

Morir resultó más fácil de lo que había previsto. Mucho más fácil de lo que explicaba el padre Manuel, sofocado y titubeante, en catequesis. Mucho más, no cabe duda, de lo que postulaban Zenón, Marco Aurelio o Adriano. *Animula vagula blandula hospes comesque corporis...*

En realidad, fue bastante sencillo: como cuando, acabado un frasco de conservas, se arroja al contenedor y estalla con el lujurioso estrépito de la fragilidad retada y derrotada, resonando su eco en la indiferencia del mundo. *Quae nunc abibis in loca pallidula rigida nudula...*

Embarcaste, navegaste, arribaste: desembarca. Sé sobrio en dejarte ir.

EPILOGUE: HILOS Y RETAZOS

Supongo que si estás aquí es porque no te ha bastado con ver el haz y el envés del tapiz, con hurgar en la caja de labor. Supongo que eres de los que se empeñan en saber de dónde salió el hilo, a quién se lo pediste prestado, a quién se lo robaste. Y supongo que también sabes que al intentar desenmarañar la madeja corres el riesgo de enredarte en ella. Pero, ya que así lo quieres, aquí tienes el bastidor, la urdimbre y la trama.

Buena parte de los hilos que he utilizado es de fabricación propia: relatos como *El mundo es mentira*, *Hungría* o *Guía de avistamiento para traductores* parten de anécdotas personales o familiares más o menos modificadas. En estos casos, mientras desarrollaba las historias siempre tuve presentes (aun no remitiéndome a ninguno de sus libros en concreto) a autores como Danilo Kiš, Isaak Bábel, Bruno Schulz o Jean Echenoz, que han trabajado la memoria individual, familiar y colectiva en los borrosos límites entre lo (auto)biográfico y lo ficticio.

En otras ocasiones he combinado los hilos de fabricación propia con retazos de importación. Otro de los relatos, por ejemplo, está inspirado en el primer caso de mi padre, recién ingresado en el cuerpo de policía, durante el cual, efectivamente, tuvieron que recoger un cuerpo decapitado por un tren. Esta historia se fundió en mi cabeza con la novela de Mijaíl Bulgákov *El maestro y Margarita*, en la que uno de sus personajes muere de manera parecida, y sirvió como excusa para trabajar dos de los temas recurrentes en la literatura rusa de los siglos XIX y XX: el hombre superfluo y la locura. ¿Qué pasaría si colocáramos al hombre superfluo en el siglo XXI y le diéramos la voz de un personaje de Dostoievskii? ¿Qué pasaría si el resto de los personajes estuvieran inspirados en los de la novela de Bulgákov? ¿Qué

pasaría si empleáramos el punto de vista de un relato de Gógol? Mi interpretación de estos temas, motivos y técnicas es *La cabeza*. En este punto, debo agradecer a Guillermo Saccomanno su gentileza por acceder a ser asesinado en este cuento, si bien sospecho que la idea de morir (ficticiamente) a manos de un psicópata ruso ante la tumba de Nikolái V. Gógol le divierte más de lo que está dispuesto a reconocer.

La literatura rusa también fue el punto de partida de *Manual para acallar cigarras*. Para crear el personaje principal del emigrado ruso me inspiré en los poemas de *Parte de la oración*, de Joseph Brodsky, y en las novelas de Vladímir Nabókov, especialmente en *Máshenka* y *Pnin*. Sin embargo, el relato poco a poco fue tomando su propio rumbo y me temo que, a fin de cuentas, debe más a Antón Chéjov e Iván Búnin que a ningún otro autor.

Para los emigrados eslovacos de *El sueño del artillero*, por el contrario, no tenía ninguna idea preconcebida, pero leyéndolo con distancia reconozco en el cuento el fraseo de los «palabristas» de Bohumil Hrabal y el sustrato de *Una soledad demasiado ruidosa*.

El juego intertextual es mucho más consciente y sistemático en mi acercamiento al género negro: *La reina de Copacabana*. El inspector Jorge Almeida, como el Filiberto García de *El complot mongol* (Rafael Bernal), prefiere no ser el muerto y, definitivamente, ha visto demasiadas series policíacas americanas. Yo, por mi parte, he preferido reflejarlas en los espejos del callejón del Gato.

Varios relatos de la colección son reinterpretaciones de otras obras literarias: se trataba de desmontar el tapiz y usar las hebras para volver a montarlo, con más o menos variaciones pero siempre desde una nueva perspectiva. Así, el microrrelato *Apócrifo* pretende ser una lectura alternativa del canto IX del *Peristephanon* de Prudencio, en el que se narra el

martirio de Casiano de Imola a manos de sus alumnos. *La intrusa* invierte los argumentos del poema medieval *Disputa del alma y el cuerpo* a partir de la filosofía contemporánea sobre la corporeidad y, más concretamente, de las ideas que Jean-Luc Nancy expone en *Corpus* y *El intruso*. *Envases e inorgánicos* incluye fragmentos del poema que, según la *Historia Augusta*, compuso el emperador Adriano poco antes de morir, pero también algunas de las *Meditaciones* de Marco Aurelio.

En el caso de *La panacea* el arranque de la historia me lo dio, paradójicamente, la que sería su frase final: se trata de la traducción del penúltimo verso del poema de Muriel Rukeyser «Drunken Girl» («And sin and godhead are in the worm's blind eye»), incluido en su libro *Beast in View*. De él surgió la idea de narrar la epidemia de la peste negra no desde el punto de vista de quien la padece, sino de quien la produce. Desarrollarla supuso un doble reto en el exiguo margen de maniobra de un microrrelato: por una parte, explorar la voz y la agencia de un animal, de una pulga; por la otra, reflejar del modo más fiel posible la epidemia a través de la mirada de los que fueron testigos. Para ello recurrí a crónicas medievales, principalmente a *Istoria de morbo* de Gabriele de' Mussi, y a la introducción al *Decamerón* de Boccaccio.

La recreación de la Nueva Francia en la que se desarrolla *Cuaresma* también requirió un esfuerzo de documentación, dado que sabía perfectamente cuál era el tapiz que quería tejer pero carecía por completo de los hilos y la técnica necesarios. Me los proporcionaron las *Relations des Jésuites de la Nouvelle-France* y la *Correspondencia* de Vicente de Paúl.

Los materiales que he empleado no han sido siempre literarios: la música también ha sido esencial para escribir muchos de estos cuentos. En *Cambio*, las canciones *The Night*

They Invented Champaigne (perteneciente al musical *Gigi*) y *Mambo Italiano* (en la versión interpretada por Rosemary Clooney) me sirvieron de guía para el tono y el tempo de la prosa. Detrás de *Río Águeda* están, además de los artículos y cartas de Miguel de Unamuno sobre las Arribes del Duero, *La plaza del Diamante* de Mercè Rodoreda y *La vida perra de Juanita Narboni* de Ángel Vázquez: sin la relectura de estas obras probablemente no me habría embarcado en la tarea de generar un espacio a partir de un monólogo femenino. Tal vez por ser un espacio físico, lingüístico y emocional que me es demasiado familiar, me resultó complicado afinar la modulación y el ritmo de esa voz, y sólo lo logré tras escuchar folklore castellano-leonés y transmontano en las interpretaciones de La Musgaña y Galandum Galundaina, respectivamente. La letra del «baile a lo pesao» que canta Águeda en el cuento está tomado del tema homónimo de La Musgaña.

En otros casos, como en *La zona*, el espacio y la voz narrativa surgieron de imágenes. Para crear la atmósfera me basé en los reportajes fotográficos de Gabriela Bulisová y Gerd Ludwig sobre la zona de alienación de Chernóbyl. La idea de emplear un narrador (más o menos) ingenuo me la dio la fotografía del eslovaco Miloš Dohnány *Jožko caminando por el hielo*.

Hasta aquí las madejas empleadas más o menos conscientemente. Tal vez tú encuentres otras de las que yo ni siquiera me he percatado: al fin y al cabo, el escritor, a lo largo de su vida de lector, no hace más que hurtar, rapiñar y recopilar hilos en una especie de impulso cleptomaniaco (porque ¿quién sabe cuándo harán falta?) y no siempre recuerda de dónde salieron.

Por otra parte, una vez terminado el tapiz, el que lo mira puede ver en él lo que le plazca: habrá quien disfrute con la mera contemplación del dibujo; habrá quien se empeñe en aproximarse, en observar la textura y las capas, en tocar, en darle la vuelta; habrá incluso quien no soporte los cabos sueltos y se decida a urdir y tramar lo que el artesano no quiso. Bien está. ¿Acaso no forma parte todo ello del goce de la lectura? No podría imaginar nada mejor que el que este libro sea muchos, tantos como los que se acercan a él.

BIBLIOGRAPHY

- Barthes, Roland. *El placer del texto*. México: Siglo XXI Editores, 1993.
- Brodsky, Joseph. «A Poet and Prose». *Less Than One. Selected Essays*. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 1986, p.176-194.
- Búnin, Iván. *About Chekhov. The Unfinished Symphony*. Evanston, Illinois: Northwestern University Press, 2007.
- Kiš, Danilo. «Schizopsychology». *Homo Poeticus. Essays and Interviews*. Ed. Susan Sontag. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 1995, p. 52-72.
- Levertov, Denise. «The Nature of Poetry». *Light Up the Cave*. Nueva York: New Directions, 1981, p. 60.
- Levertov, Denise. «Some Notes on Organic Form». *The Poet in the World*. Nueva York: New Directions, 1973, p. 7-13.
- «Herta Müller - Discurso Nobel: Cada palabra sabe algo sobre el círculo vicioso». Nobelprize.org. Nobel Media AB 2014. Web. 11 Feb 2015.